

CRISTIANIDAD



24 RAZON DE ESTE NUMERO

magno problema de nuestros tiempos que ha sido llamado por antonomasia la «cuestión social». A ella dedicaremos, D. m., otros números de esta revista. El presente se propone, principalmente, hacer resaltar la participación que el Liberalismo ha tenido en el nacimiento de esta «cuestión», cuya forma y gravedad modernas son debidas en gran parte al inhibicionismo —confiado o fatalista— de sus dirigentes, que prepararon el camino al Socialismo, término lógico y natural de la trayectoria histórica iniciada en la Reforma.

El **Editorial** (pág. 121) destaca ese doble juego de la «Revolución» frente a la «cuestión social», cuya crítica, en la fase liberal de aquella, desarrolla ampliamente el artículo **El liberalismo económico, doctrina subversiva y amoral**, de Enrique Ferrán (págs. 124, 125 y 126).

La **Aparición y desarrollo del Socialismo**, son expuestos en un artículo informativo por Jorge Galbany (páginas 127 y 128).

La posición católica frente a dicha «cuestión» es inicialmente tratada por José M. Martínez-Mari, en el artículo titulado **Algunos aspectos de la solución cristiana del problema social**, (págs. 129, 130 y 131).

En las páginas 132 y 133 se presenta la doble **Visión materialista de la cuestión social**, enfrentando algunos textos de Adam Smith y David Ricardo —los jefes más representativos de la escuela liberal—, con unos fragmentos del célebre «Manifiesto del Partido Comunista», de Marx y Engels, que constituyen la mayor condenación—desde el punto de vista materialista— de aquella escuela.

El antagonismo de ambas tendencias había de conducir fatalmente a la lucha. Frente a su común concepción naturalista, presentamos el sacrificio heroico de Monseñor Affre, símbolo del espíritu sobrenatural de la Iglesia. Con tal motivo, reproducimos en las páginas 134 y 135 un fragmento de la «Historia de Francia», de Pierre de la Gorce, bajo el título **Primer choque sangriento del Socialismo con el Liberalismo. Revolución de 1848.—Muerte heroica del Arzobispo de París en aras de la paz social.**

Siguen en las páginas 136, 137 y 138 unos fragmentos «Del Protestantismo en su relación con el Socialismo», del ilustre escritor francés Augusto Nicolás. Su tema no puede ser más a propósito para este número: **Soluciones del filosofismo sobre la cuestión social. Voltaire, Rousseau.—Relación que el naturalismo establece entre el Protestantismo y el Socialismo.**

A continuación publicamos dos artículos informativos: uno sobre **El pauperismo en el siglo XIX**, de Luis Creus (págs. 139 y 140); y otro sobre **Lo que fueron los primeros conflictos sociales en España**, de José M.^a Vilá (págs. 141 y 142).

Completan el número un artículo del prestigioso escritor Augusto Conte sobre **El testamento espiritual de Fray Diego de Cádiz** (pág. 122), y el acostumbrado comentario internacional, de José-Oriol Cuffí Canadell, que glosa **Los acuerdos de Livadia**, (págs. 143 y 144).

Los dibujos que ilustran el presente número se deben a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.



FABRICACIÓN DE ALTAS FANTASÍAS
EN LANERÍA PARA CABALLERO

M. Corominas, S. A.

CASA FUNDADA EN 1820

SABADELL

M. J. S. C.

Barcelona

R. S. P.

Mataró

CRISTIANDAD

NÚMERO 24 - AÑO II

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL 48' - Ptas.

TRIMESTRAL 12' - >

EJEMPLAR 2'50 >

REVISTA QUINCENAL

15 Marzo de 1945

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CASPE, 60, 2.º, 1.º-TEL. 24870

BARCELONA

ECHEGARAY, 19-MADRID

La "Revolución" y la "cuestión social"

Dos grandes momentos, dos oportunidades magníficas, deparó la Providencia a la Cristiandad moderna: El siglo XVI, la edad de los grandes descubrimientos geográficos; el siglo XIX, la edad de los grandes descubrimientos físicos y sus sorprendentes aplicaciones industriales.

Pero dos graves obstáculos malograron el fruto de tan geniales conquistas: La Reforma, que rompió la unidad europea cuando ésta podía haber sido el núcleo de una superior unidad mundial; la Revolución, que ha convertido en manzana de discordia, causa de malestar y miseria, signo de odio y contradicción, lo que debía ser un medio espléndido de prosperidad social y de aumento del bien común.

Y, si bien se mira, ambos obstáculos —Reforma y Revolución— no constituyen dos hechos aislados, dos episodios independientes, sino el principio y el término de un mismo proceso histórico. Así lo reconoce un revolucionario tan destacado como Luis Blanc: "La Revolución que, preparada por los Filósofos, continuada por la Política, no se completará sino por el Socialismo, debía naturalmente comenzar por la Teología". ("Historia de la Revolución Francesa", t. I, pág. 17.)

Por eso, al hablar de aquel segundo obstáculo, decimos la "Revolución" y no la "cuestión social"; pues esta cuestión, en cierto modo connatural a nuestra humanidad caída, bajo el influjo vital del Cristianismo "no sería lo que es hoy", ni mucho menos se hubiera producido en los términos irreductibles a que la llevó la Revolución, resquebrajando incluso los cimientos naturales de la sociedad misma.

«Destruídos en el siglo XVIII los antiguos gremios de obreros, y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, por haberse apartado de las instituciones y las leyes públicas de la Religión de nuestros padres, poco a poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos e indefensos, por la condición de los tiempos, a la inhumanidad de sus amos y a la desenfadada codicia de sus competidores.»

(León XIII, «Rerum Novarum»)

Por una triste y dolorosa coincidencia, al nacer el industrialismo moderno se encontró, de una parte, sin la antigua organización social que, falta de su primitivo espíritu cristiano, se derrumbó al primer vendaval revolucionario; y de otra, con la ausencia de este mismo espíritu creador, único que hubiera podido alumbrar la nueva organización que los tiempos exigían. Pero, además, se encontró con un "Nuevo Régimen" político, nacido de la Revolución e inspirado en sus principios, cuyos dirigentes, ante el problema que las nuevas condiciones económicas creaban para las clases humildes, se encerraron en una cómoda abstención "liberal", que resultó la libertad del más fuerte... Y la Revolución, que hasta entonces no había llegado a las clases populares, a merced del Socialismo fué prendiendo poco a poco en ellas.

Hay, sin embargo, en toda revolución dos factores que conviene distinguir perfectamente: el agente propulsivo y director, y una causa social de descontento o malestar que le sirve de base. Sin aquel agente, la masa por sí sola nunca se movería; pero sin esta base, los dirigentes no moverían nada, no harían más que moverse ellos solos en el vacío.

Esta causa encarnó, principalmente, en la "cuestión social", nacida —es cierto— con ocasión del industrialismo moderno, pero creada por los dirigentes de la revolución "liberal", y aprovechada después por los dirigentes "socialistas": "bajo pretexto de querer mejorar la suerte de las clases trabajadoras, quitar abusos reales causados por la economía liberal y obtener una más justa distribución de los bienes terrenos, fines sin duda del todo legítimos". (Pío XI, "Divini Redemptoris".)

"La Revolución que comenzó por la Teología, va a ser terminada por el Socialismo."

Ya Proudhon, en sus "Confesiones de un revolucionario", exclamaba: "Es cosa que admira el ver de qué manera, en todas nuestras cuestiones políticas, tropezamos siempre con la Teología".

Y el racionalismo escéptico de los "liberales", consecuencia lógica del "libre examen", ha venido a parar en el materialismo ateo del comunismo moderno.



El Testamento espiritual de Fray Diego de Cádiz

En el mil novecientos cuarenta y tres se cumplió el segundo aniversario del nacimiento del Beato Fray Diego José de Cádiz y el pasado año conmemoramos el cincuentenario de su elevación a los altares; ambas efemérides han servido para reavivar su memoria que ya empezaba a estar difusa, como los viejos retratos de nuestros abuelos.

Plumas autorizadas han revisado distintas facetas de su personalidad extraordinaria: misionero, profeta, taumaturgo, orador, apóstol contra la revolución, poeta, capuchino, etc., pero algo, sin embargo, en estas conmemoraciones ha quedado relegado a segundo plano; se ha venteado precisamente lo episódico, lo aparente, lo que es, pudiéramos decir, la parte externa del santo, lo que lo sitúa en un momento histórico determinado, lo que lo coloca en una función efímera y se ha dejado por exaltar precisamente lo eterno, se ha olvidado que Dios no envía a sus santos al jardín de la Iglesia para admirar con su hermosura, para embriagar con el perfume de sus virtudes, sino que los coloca precisamente para que sirvan de ejemplo, primero a la humanidad de ellos contemporánea, en la que tienen una función determinada que cumplir, y después a las generaciones futuras a las que siempre enseñan un camino. Porque los santos son eso, guías en el camino de la perfección, soldados en vanguardia en el difícil combate de la salvación individual.

No vamos a intentar en este breve artículo restablecer todo eso que creemos se ha olvidado en la conmemoración del capuchino gaditano, sino tan sólo a destacar la gran fórmula que dió eficacia a su predicación, unidad a su obra, santidad a su vida, la gran fórmula que él nos legara como llave de oro de perfección para todos los tiempos.

* * *

Quando el mundo se separaba de Dios, cuando en el orden individual cada persona quería hacer de su Yo un Dios infalible y de la Razón una razón suprema generadora de verdades, Dios envió a España a predicar lo contrario, con su ejemplo, a un fraile capuchino de burdo sayal, de pies descalzos, de cabeza desnuda, un ejemplar de miseria, de sumisión y de obediencia.

Quando en el orden familiar todo parece disgregarse con la aparición de nuevas costumbres, en las que estaba en germen la descomposición que en nuestros días lamentamos, a poner remedio Dios envía un Embajador de palabra tosca y desaseada, es cierto, pero de decires tan altos y sublimes que las multitudes gimen tras de oírle, los pobres siguen sus pasos y los caminos se cubren por donde él ha de pasar.

Quando la sociedad civil colectivamente comenzaba a claudicar, cuando presto iba a sentarse en el trono de Isabel de España una reina que iba a transformarlo en lecho de prostitución, cuando faltaban pocos años para que por el suelo de la Patria pasaran las hordas de la revolución encuadradas al mando de Napoleón Bonaparte, Dios envía a un santo. Un santo para el cual el inmortal Pontífice León XIII no encuentra otro término de comparación (en el breve de Beatificación) que Santiago, el Apóstol del Amor, y Saulo, el Apóstol de la Gentilidad.

Y este fraile capuchino, este insigne misionero, este genial apóstol resume toda la razón de su éxito en las difusas páginas de sus obras, en la agitada complejidad de su vida, en la variada actividad de sus misiones, en la obediencia sin distinguos, en la sumisión incondicional al Romano Pontífice, ¡más de setenta años antes del Concilio Eucuménico del Vaticano formulara la infalibilidad del Sucesor de Pedro en las materias de fe y moral!



Retrato del V. P. R. F. Diego José de Cádiz, Capuchino

* * *

Pero esa fórmula no la dejó solo difusa en las páginas de sus sermones, ni explicada en su vida andariega y en las diversas facetas de su apostolado, sino que la consignó de una manera expresa en el último de sus escritos, en la defensa de sus obras cuando ya su mano vacilaba y su mirada estaba fija en la eternidad.

“... Protestando desde luego que cuando aquí escriba lo sujeto al juicio y corrección de V. A. y por consiguiente al infalible y segurísimo de la suprema silla de Roma, o del mismo Santísimo Pontífice Romano, de cuya doctrina, juicio y enseñanza es mi voluntad no desviarme ni un punto en materia alguna, sea ésta la que fuere...”

* * *

Esta fórmula aparece como decimos en el comienzo de la auto-defensa de sus obras predicables; parécenos preciso, para que el texto adquiera todo su relieve, señalar que Fray Diego padeció persecución a través de su vida: cuando predicó en la Catedral de Sevilla contra los regalistas, cuando comentó en Granada un texto de San Agustín, cuando denunció en Zaragoza unas proposiciones falsas de economía política. Los sicarios de Carlos III levantaron polvaredas de escándalo y los legistas acumularon resmas de papel escrito.

Y volvió a padecerla en los postreros días de su vida, cuando al publicarse en volúmenes compactos sus sermones dispersos, un mercedario desconocido, Fray Pedro Tirado, mancilló su pluma señalando dos proposiciones “erróneas” del siervo de Dios; una que es dogma de fe para todos los cristianos: la infalibilidad Pontificia, y otra que confiadamente esperamos lo sea en breve como fundamento de la Mediación Universal de Nuestra Señora.

¡Dichosas las persecuciones de los santos que sirven para poner de manifiesto los designios del Señor y la maravilla de sus manos! En este caso concreto la última persecución de Fray Diego sirvió para desvelar la gran fórmula del taumaturgo y dejarnos de manera precisa esa consigna o testamento espiritual que si fué fórmula de su vida y de su obra es igualmente fórmula salvadora en estos días nuestros tan parecidos en más de un aspecto a aquéllos en que Fray Diego recorría España con el Crucifijo en la mano cual espada flamígera iluminando las mentes.

AUGUSTO CONTE



(De una pintura de W. Hole)

Para apresurar la «paz de Cristo en el reino de Cristo», por todos tan deseada, ponemos la gran acción de la Iglesia Católica contra el comunismo ateo mundial, bajo la égida del poderoso Protector de la Iglesia, San José. Él pertenece a la clase obrera y él experimentó el peso de la pobreza en sí y en la Sagrada Familia, de la que era jefe solícito y abnegado; a San José se le confió el divino Niño, cuando Herodes envió contra Él a sus sicarios. Con una vida de fidelísimo cumplimiento del deber cotidiano, ha dejado un ejemplo de vida a todos los que tienen que ganar el pan con el trabajo de sus manos, y mereció ser llamado Justo, ejemplo viviente de la justicia cristiana que debe dominar en la vida social.

Pío XI, Encíclica "Divini Redemptoris,,

EL LIBERALISMO ECONÓMICO

doctrina subversiva y amoral

«Constantes históricas» del espíritu humano

Resulta curioso, y más que curioso, interesante y fructífero, ir siguiendo a través de la historia del pensamiento humano el hilo, secreto algunas veces, otras completamente manifiesto, pero siempre constante, que une, a lo largo de los siglos, sus distintas manifestaciones en el orden religioso, filosófico, político... Un examen parejo, por poco que en el profundicemos, nos da la seguridad, de lo que podríamos llamar "constantes históricas" del espíritu humano, y a la vez que nos pone de manifiesto la relativa originalidad de muchas novedades ideológicas, nos hace ver, que el devenir histórico no se produce al azar, como tiende a creer, ingenua y primariamente, el espectador que le es contemporáneo, sino obedeciendo a unas tendencias, que son manifestaciones ante nuestros ojos humanos, de una finalidad trascendental.

Causa de la persistencia de muchos errores

Y no deja de ser raro el hecho de la permanencia de alguna de estas posiciones ideológicas. Es extraño, refutadas en el terreno teórico con la más plena demostración de sus errores, contradicciones y absurdos, subrayado su fracaso con las calamidades y desgracias que sus intentos de aplicación han aportado, reaparecen al poco tiempo, y con simples variaciones circunstanciales, y un nombre nuevo, se ofrecen al entusiasmo de las gentes como la última panacea, capaz de remediar todos los males. Sí, es raro, pero algo de ello se entiende, si se piensa que esta su reaparición, viene siempre precedida, del idéntico fracaso de la tesis contraria. Algo, pero no todo, pues es evidente, que este continuo movimiento de péndulo, entre una tesis y una antítesis, no puede obedecer exclusivamente al sucesivo fracaso de una y otra. Más clara aparece la cosa, si se observa que las dos son manifestaciones imperfectas de algo que es esencial al espíritu humano, o por decirlo más concretamente, que ambas tienen algo de verdad. Sí, todo error encubre siempre algo de verdad, y por ello capta y seduce voluntades. En este sentido, como recomendaba ya Pascal, es una regla de buena polémica reconocer la verdad parcial que ve el que se equivoca. Pero no nos engañemos. Sería pecar de optimismo creer que sólo por la verdad que contienen progresan muchos errores, superando todas las refutaciones y fracasos. No, sus mismos errores y desviaciones, en cuanto traducen y dan satisfacción a las mil y una flaquezas de la naturaleza humana, explican esta aparente extraña perduración. Inútilmente se las rechaza con la experiencia y la razón. El mal está en la voluntad. Este misterioso sentido de rebeldía que deja oír su voz seductora en todas las conciencias, es una de las causas decisivas de la permanencia de la mayor parte de errores. Y así, sólo teniendo esto presente, se puede uno explicar el tesón con que la mente humana se ha adherido, especialmente desde el Renacimiento, a los principios filosóficos y sociales que, en el campo de las doctrinas económicas, han dado origen a la del liberalismo económico.

Base ideológica del «Liberalismo Económico»

Esta doctrina descansa, en último análisis, o en un beatífico optimismo respecto del hombre, y unas supuestas leyes

ciegas que rigen fatalmente la actividad humana y todo el devenir histórico, o en una concepción pesimista respecto a las posibilidades de la razón y voluntad humanas, para mejorar aquellas leyes, interviniendo activamente en el desarrollo de sus propios destinos. Lo primero ha inspirado toda la Escuela optimista del liberalismo económico, que tanto predicamento alcanzó en Francia con "Las Armonías Económicas" de Bastiat. En esta obra se encuentran afirmaciones del tipo de la siguiente:

"Yo creo que el mal conduce al bien y lo *determina*, mientras que el bien no puede conducir al mal; de donde sigue que el bien debe terminar por triunfar... Opino que para el desarrollo tranquilo y gradual de la humanidad, basta que no sean perturbadas sus *inclinaciones*, y que éstas reconquisten la libertad de sus propios movimientos".

El pesimismo es el común denominador de la Escuela inglesa, cuyos principios económicos, bueno es observarlos, fueron recogidos y desarrollados, en la doctrina marxista. Pero pesimista u optimista, es nota común de toda la Escuela Económica Liberal su concepción naturalista-determinista del hombre y la sociedad, que se traduce en una supervaloración de lo espontáneo e instintivo, respecto de lo reflexivo y racional.

Precedentes de esta tendencia

No es ello exclusivo de esta Escuela Económica. Los precedentes son antiguos y variados. Y ello, que a primera vista puede parecer trivial, cobra mayor relieve y significación a medida que es objeto de nuestra meditación.

¿A qué se deberá esta prolongada obstinación del espíritu humano en defender lo espontáneo e instintivo, a pesar de los fracasos que le ha producido? ¿Qué razones tendrá la razón para denigrarse tanto a sí misma, cuando no la sostiene la fe? ¿Por qué el fatalismo más absurdo y desmoralizador, seduce y deslumbra, no obstante sus tristes consecuencias? Y, lo que es más raro todavía, ¿cómo puede sostenerse este optimismo ingenuo respecto a la bondad natural del hombre, y de todas las cosas naturales, ante el cuadro desgarrador, de crímenes e injusticias, que nos presenta la historia? Porque el hecho positivo, es que estas posiciones, han tenido y tienen adeptos. La experiencia ha demostrado siempre que el hombre abandonado a sus instintos degenera y se convierte en un animal perverso, y que la razón es su parte más noble, y disfruta del don, de poder dominar y modificar, dentro de ciertos límites, a los puros instintos, que convertirían el mundo en un caos. Esta experiencia, la hacemos cada día en nosotros mismos, y en el mundo de nuestros semejantes, y la historia, experiencia de este hombre universal que, como dice Pascal, subsiste siempre, y aprende continuamente, nos la confirma. Y a pesar de ello continúa esta rebeldía del hombre contra la recta razón, y siguen las apologías de lo instintivo y de aquel estado de naturaleza que tanto entusiasmaba a Rousseau.

Y mientras en el orden religioso, se propugna la más completa libertad subjetiva y una mística negativa que no es más que un "Quietismo" exacerbado, en el campo filosófico se denigra a la razón, en el político continúa la obstinación de querer fundamentar todo el derecho en la simple determinación de las voluntades individuales, y en el económico social, se sostiene, aún, a toda costa, el dogma del instinto económico del hombre, como fuente de todo posible bienestar.

Estas tendencias, repitámoslo, no son de hoy. El Cristianismo las encontró y combatió. Tanto es así, que podríamos decir, que en este sentido, la historia de la Iglesia es una continua lucha para defender contra los más variados ataques, la verdad de la preeminencia de lo racional en el hombre, y su libertad para reformar, con la ayuda de la gracia, a su naturaleza caída.

El racionalismo conduce al escepticismo y al determinismo

Pero es evidente, que esta lucha se intensificó después del Renacimiento. Porque, aunque parezca paradójico, lo cierto es, que a medida que triunfaba el racionalismo y el humanismo pagano, cuanto más se intentaba enaltecer a la razón y libertad humana, desligadas de todo vínculo sobrenatural, más se denigraba a la razón y menos se creía en la libertad. Piénsese, sino, en el sentido fatalista determinista de toda la Reforma, recogido después por el Jansenismo, y que a través del positivismo del siglo XIX, ha llegado a nuestros días, con el marxismo y la Escuela Liberal. Y en cuanto a la pobre razón, cómo estarían las cosas ya en el siglo XVII, cuando el propio Fenelon —temperamento inclinado al misticismo— hubo de defenderla, con aquellas tan enérgicas palabras, que serían susceptibles de desorientar, de no ser bien interpretadas:

“Carecemos aún más en la tierra de razón que de religión”.

Pero es en el mismo siglo de las luces, en pleno apogeo del racionalismo, cuando triunfa el más completo escepticismo. Es entonces, cuando se levanta la voz de Juan Jacobo Rousseau para hacer la apología del estado de naturaleza frente a la civilización, de lo instintivo y sentimental frente a lo racional. Para él, pensar es una enfermedad; el hombre es bueno por naturaleza, pero le ha corrompido la civilización. Sin ésta, el mundo sería un paraíso. Educar es todo lo contrario de sujetar los instintos a la razón. Su religión es puramente sentimental. En él se encuentra, como en un símbolo, toda esta supervaloración naturalista de lo instintivo y primario que sólo puede conducir al anarquismo. Y Rousseau, pensador y hombre genial —es de justicia consignarlo— era, sí, un sentimental, con una hipersensibilidad enfermiza, pero a la vez era el prototipo del pensador racionalista. Se comprende bien la aparente paradoja, pues la razón abandonada a sí misma se aniquila. Ya lo decía también Fenelon:

“No cuento más que con la gracia para conducir la razón dentro de la razón”.

Y, como el hombre es libre, porque es razonable, es lógico que con el naufragio de la razón, desaparezca también la libertad.

Con todos estos antecedentes, ya no resulta tan extraño, que en el siglo pasado, en el pleno apogeo de lo que se ha llamado la revolución maquinista e industrial, apareciera esta flamante doctrina del liberalismo económico, que recogiendo el lema de los fisiócratas, proclamaba con el mayor orgullo: “Laissez faire, laissez passer, le monde va de lui même”. Y ante la más deprimente miseria y revoltante injusticia, seguían con la misma cantinela: ¡Dejad que las cosas sigan su curso! ¡Es inútil cualquier intervención! ¡Todo sucede según leyes inmutables que el hombre no puede alterar ni suavizar! Los unos, ya lo hemos dicho, eran optimistas, esperaban del mal un mayor bien, y ante la más indigna opresión del débil, comentaban con aire de suficiencia: “Es la selección natural... es la lucha por la vida”. Los otros eran pesimistas; para ellos, todo lo que pasaba, era fatal e inevitable, y, quizás, sin darse cuenta, sentaban las premisas del marxismo. Pero alegres, o compungidos, todos coincidían en la postura negativa y fatalista. Ya la conocemos. En realidad se puede resumir con un nombre: *Naturalismo*. De lo espiritual, de lo razonable, no se ocupa esta escuela. Les basta un instinto de sociabilidad, de simpatía.

Pero ante la persistencia de esta tendencia ideológica, base esencial del liberalismo económico, cabe preguntarse: ¿Qué parte de verdad contiene? ¿A qué defecto o rebeldía humana da satisfacción?

Su parte de verdad, creo que puede resumirse, diciendo que el hombre es un animal racional, no un puro ente de razón. Es lo que decía Pascal con profundidad y precisión:

“El hombre no es un ángel ni bestia, y la desgracia quiere que quien quiere hacer el ángel, haga el bestia”.

En este sentido toda la posición vitalista y sentimental, puede ser, y ha sido, un buen antídoto, contra toda clase de elucubraciones teóricas, que tratan los problemas humanos, prescindiendo o desconociendo la propia naturaleza del hombre.

El orgullo fuente del Naturalismo

Y reconocida esta parte de verdad, ya es hora de precisar que el vicio humano, que inspira toda esa tendencia naturalista, es el orgullo. Él es, el que inspira esta rebeldía, de querer prescindir de todo lo que sea sobrenatural; de empeñarse en negar los efectos del pecado original en nuestra naturaleza caída; de intentar cimentar toda la organización de la sociedad con el simple juego de las libertades individuales, prescindiendo de leyes trascendentes y objetivas; de obstinarse en creer, con un profundo sentido subversivo, que el libre curso de los instintos del hombre, conduciría a una mejor y más justa organización económica, que la que se puede obtener, con las leyes razonables, que dominen y caucen aquellos instintos, en beneficio de la comunidad. Esta actitud orgullosa, encuentra en ella misma su castigo, y así su enaltecida libertad se reduce a un simple mecanismo de instintos, y en la práctica se anula a ella misma. Pero a pesar de ello, seduce y capta voluntades. Es negativa, halaga los instintos y los más refinados egoísmos... y este es el mejor camino para ganar adeptos. Su consecuencia lógica es el anarquismo. Tal es, a mi entender, la base ideológica del liberalismo económico. Su desarrollo y consecuencias en el estricto orden económico y práctico, son fáciles de prever; pero merecen capítulo aparte.

Principios económicos esenciales de la «Escuela Liberal»

Todos los principios económicos de la “Escuela Liberal”, se reducen, en esencia, a su conocida afirmación, de que existen leyes naturales económicas, amorales como las físicas, y que son permanentes y universales. Con ser varias, pueden reducirse a tres: A) Ley del interés personal, o principio hedonístico, según el cual, cada individuo busca el mejor bien, con el mínimo esfuerzo. B) Ley de la libre competencia, y C) Ley de la Oferta y la Demanda. Para esta Escuela, dichas leyes son la última palabra de la ciencia económica, y no pueden alterarse o modificarse, sin grave perjuicio de todo el orden económico. La única política social, que consideran aceptable, es la que tienda a suprimir todos los obstáculos al libre juego de estas leyes. En nombre de ellas, se han opuesto sistemáticamente a toda intervención legislativa o estatal, en el campo de la economía.

Crítica de los mismos

Todo esto es perfectamente conocido, y si no interesa ahora el examen detallado del contenido de estas leyes, conviene, en cambio, hacer resaltar que una cosa es, que existan estas supuestas leyes económicas—más prudente y seguro sería, quizá, calificarlas de tendencias—y la otra, muy distinta, que estas leyes sean amorales, universales y permanentes, como las físicas. Porque, siendo la actividad económica, una pura actividad humana, sólo puede sostenerse aquella afirmación, partiendo de un concepto materialista y determinista del hombre. Y este es el caso de la Escuela Liberal, la cual al querer explicar todo el mecanismo económico, por las simples leyes del interés económico personal, y de la oferta y la demanda, dentro de la libre competencia, se basa en una concepción determinista de la libertad humana. Olvida,

y este es su grave error, que la voluntad humana puede, y muchas veces se decide, por motivos espirituales y racionales, que se sobreponen a sus tendencias instintivas. Y claro está que prescinden también, en absoluto, de la gracia sobrenatural como factor decisivo en el obrar humano. Puede, pues, admitirse, que existen leyes económicas en el sentido de tendencias generales en la actividad económica del hombre, pero si este es libre, estas leyes no pueden ser tan exactas y fatales como las físicas. Y, lo que es más, siempre cabrá alterar y modificar, el contenido, y efecto de estas leyes, porque siempre cabe influir la voluntad humana por medio de una educación religiosa y moral. Y así resulta que admitido el libre albedrío, incluso para el orden económico, son de primordial importancia las leyes de la vida del espíritu, es decir la ley natural y la recta razón, reflejos de una Ley eterna, de la que prescinde en absoluto el Liberalismo Económico. Este es el defecto esencial de toda la Escuela. Querer separar el orden económico del moral y religioso. Es querer separar lo inseparable.

Pero además es evidente, que estas supuestas leyes económicas, pueden ser modificadas e intervenidas en sus efectos y resultados, por una razonable intervención y organización. ¿Qué duda cabe? si esto se consigue con las mismas leyes físicas. Buena prueba de ello, es que ya no para alterarlas, incluso para ampararlas, se necesita esta intervención. Porque se da el caso paradójico, que lo mismo la libre concurrencia, que la ley de la oferta y la demanda, se destruyen a ellas mismas, sin el amparo de una intervención autoritaria. Es lo de siempre: la libertad no puede existir sin autoridad; la anarquía conduce al despotismo. Y esto es lo que ha pasado en el orden económico. Como dice Pío XI en la Encíclica *Quadragesimo Anno*, la primera etapa del liberalismo económico, fué la libre concurrencia, y la segunda ha sido la dictadura económica.

Las dos verdades que niega el «Liberalismo Económico»

Queden, pues, bien precisadas, frente a los dos falsos postulados de aquella Escuela Económica, estas dos verdades: Que la actividad económica—, y por tanto sus leyes o relaciones más constantes—por ser una actividad humana, está influenciada por leyes y valores de orden sobrenatural, religioso y moral, y que los mismos efectos, más o menos constantes, de los instintos de la naturaleza humana, pueden corregirse y modificarse, mediante la intervención de la autoridad, con leyes, o sea con ordenaciones de la razón, dirigidas al bien de la comunidad. Todas las desgracias y miserias que ha producido, y produce, la aplicación de los principios del capitalismo, se deben a la negación de aquellas dos verdades. Esta es la cuestión esencial. Todo lo demás que propugna aquella Escuela, es, en este sentido, una cuestión accidental, y queda reducido a un problema relativo de oportunidad y conveniencia, que han de resolver, los hombres de ciencia y los técnicos basándose en la experiencia.

La doctrina pontificia refutación teórica del «Liberalismo Económico»

Pero en aquella cuestión esencial, el liberalismo económico ha tenido dos refutaciones completas y acabadas. Una teórica y a priori, otra práctica y a posteriori: la refutación de las enseñanzas pontificias o la doctrina social de la Iglesia, y la de la experiencia.

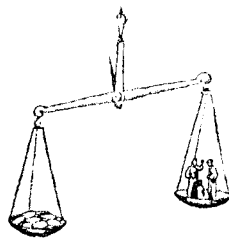
Es natural y lógico. Si como hemos indicado, al principio de este escrito, los principios filosóficos en que se apoya el liberalismo económico, fueron siempre combatidos por la Iglesia, nada tiene de extraño, que la base esencial de sus principios económicos, haya merecido, también, su repudiación. Y repudiada ha sido de una manera clara y contundente en las dos célebres Encíclicas de León XIII y Pío XI, la *Rerum Novarum* y la *Quadragesimo Anno*. En ellas, se condena el error de querer sustraer la organización económica de la influencia religiosa y moral, y se defiende y recomienda la intervención del Estado para salvaguardar los supremos valores de la justicia, caridad, y bien de la humanidad.

La confirmación de la experiencia

Y la experiencia nos ha confirmado la excelencia de la doctrina pontificia. En efecto; hoy podemos ver con la suficiente perspectiva histórica, cuáles han sido los efectos de este ensayo de querer organizar la economía sobre bases puramente materiales y anormales, con la piedra angular del simple instinto económico o egoísmo personal, evitando cualquier intervención de la autoridad. Ha pasado lo que era de esperar de una explosión de instintos, no controlados por la ley moral y la recta razón. Mientras por un lado, se han producido las mayores aberraciones de orden moral, llegándose a extremos en algunos casos peores que la esclavitud, la más absoluta anarquía ha reinado en el campo de la Economía, derrochándose energías en una estéril y agotadora concurrencia, que buena falta hacían para atender a la satisfacción de las necesidades de una mayoría, carente muchas veces de lo más indispensable. Y el mal llegó a tales extremos, que la propia anarquía buscó el remedio en la dictadura económica de los Trust y uniones internacionales. Pero este remedio, si no ha sido peor que la enfermedad, poco le ha faltado. Y no es de extrañar. En la dictadura económica del gran capitalismo, continúan imperando los mismos principios de amoralidad y puro instinto económico de adquisición, aunque ordenados al provecho de una minoría triunfadora. Y lo que hace falta, es una ordenación de toda la Economía, basada en los principios de la ley natural y la recta razón.

Sí, la elocuencia de los hechos ha demostrado la verdad de las enseñanzas pontificias, y hoy en todos los Estados— incluso en los más influenciados por la preocupación liberal— ha triunfado la economía intervenida, no sólo transitoriamente, para salvaguardar los intereses nacionales y patrióticos, sino de una manera permanente para conseguir una más justa y cristiana organización de la sociedad.

Enrique Ferrán



Aparición y desarrollo del socialismo

Como una derivación lógica del sistema liberal tanto político como económico, surgió el socialismo. ¿Reacción, resultado? es lo de menos: consecuencia indeclinable de unas doctrinas sentadas. El amplio paso dado a la libertad, el rompimiento de todos los cauces naturales marcados al pensamiento y a la voluntad humanos, el libre juego de los intereses y los apetitos, sin otra ley que los regulara que el propio querer de los hombres, forzosamente debía desembocar en un sistema social en que todo quedara fiado a la fuerza del número y al afán de transformar la organización de la Sociedad bajo el imperio de una clase. Liberalismo y socialismo se sirvieron con finalidades distintas de un mismo medio: la revolución. De ahí, que al medio siglo de la revolución francesa, que, políticamente y bajo signos variados se propagó por todo el mundo, surgiera el socialismo revolucionario, para sustituir el régimen económico burgués que aquélla creara.

El sistema económico liberal al destruir enteramente el régimen social histórico, que, gremialmente, había encuadrado los diferentes elementos de la producción en una gran familia, hizo nacer el proletario, ente inorgánico del trabajo, propio como tal a todos los abusos y miserias de la clase económicamente dominadora. La inhibición estatal en las relaciones de trabajo, sometidas a la ley de la oferta y de la demanda, sin tutela alguna, añadido al cambio operado en el mundo por la aparición de los nuevos métodos industriales debidos al maquinismo, acentuó la crisis proletaria.

Era el momento adecuado para que el fermento revolucionario que, en la época anterior, encontrara ambiente en la pequeña burguesía, prendiera ahora entre la clase proletaria. Si en un régimen liberal debe prevalecer el número, quien lo posee en grado predominante es la clase trabajadora. Si conquista el poder logrará transformar la sociedad conforme a sus principios de que sólo el trabajo es susceptible de crear derechos y de que únicamente el trabajo y el trabajador deben ser respetados. A ello se lanza el socialismo con una doble finalidad política y económica. Mas como por los cauces de la legalidad el triunfo sería largo e incierto, fácil siempre a la mixtificación y de difícil eliminar los intereses creados, recurre al medio más expedito de la revolución. Y así, en la segunda mitad del siglo XIX, el socialismo incipiente y teórico hasta aquel entonces, deviene francamente revolucionario y adopta la táctica internacionalista y de elemento de resistencia y agitación permanentes en el seno de la vida social.

Largo ha sido el proceso expansivo del socialismo, con doctrinas y actuaciones de matiz distinto, de mayor extremismo a veces, de táctica oportunista otras, acomodado al clima políticosocial en que el fenómeno se producía.

Ideológicamente, de antiguo se han proyectado sistemas comunistas —Platón, San Tomás Morus, Campanella— e incluso sociedades privadas —comunidades religiosas— han funcionado con sujeción a normas de estricto comunismo, sin que tales doctrinas u organizaciones nada tengan que ver con el socialismo moderno.

Juan Jacobo Rousseau, sienta las bases del socialismo revolucionario al negar la propiedad, considerándola como producto del abuso del más fuerte sobre sus débiles semejantes. Otros contemporáneos y políticos de la Revolución, todavía bajo un formalismo comunista, sostienen doctrinas análogas. Pero cuando el socialismo cobra especial vigor, si bien dentro de un estilo puramente teórico, inaccesible a las masas, es a través de Saint Simon y Fourier en Francia, Roberto Owen en Inglaterra y Fichte en Alemania.

Todos ellos buscan el medio de encauzar la economía y la vida social en forma que produzcan una mayor felicidad a las clases trabajadoras y tratan de buscar organizaciones económico-sociales que conduzcan a dicha finalidad, desde

luego con ausencia absoluta de toda idea de verdadera religión. Mas, en los expresados escritores, su concepción es esencialmente utopista, a manera de intento de mejora económica de la sociedad, sin atreverse a la conquista del Estado como medio eficaz para transformar aquélla.

Esto fué propio del socialismo revolucionario, en el que suelen distinguirse tres fases, caracterizadas cada una de ellas por una mayor acentuación de la tendencia extremista: la francesa, la alemana y la rusa.

* * *

Luis Blanc y Proudhon —derivado este último hacia el anarquismo—, polarizan la fase francesa, cuyo epicentro lo constituye la revolución de 1848, que trajo la segunda república, de marcado sabor socialista. Pródigo fué en movimientos revolucionarios el año indicado, que puso fin al sistema defensivo europeo creado al término de las grandes luchas napoleónicas, último baluarte del régimen absolutista histórico. En Viena era derribado Metternich; Mazzini proclamaba la república romana, con matices del más puro anarquismo; en París, el rey ciudadano debía ceder el paso a la revolución socialista.

Blanc, dirigente de la segunda república, proclama el derecho al trabajo, instaura los “talleres nacionales”, abre las puertas de la capital a las masas proletarias, que, sin lograrlo, acuden en busca de trabajo fácil y remunerador, preside la “Comisión para la organización del trabajo”; y no consigue otra cosa que el fracaso económico y el desorden social, que termina con el advenimiento de Luis Napoleón Bonaparte.

Con todo, el intento de dominación estatal ha sido iniciado, que en la práctica consistió en una intervención del Estado en la cuestión social, en un sentido tutelar para la clase trabajadora. Un nuevo episodio surgirá todavía en Francia a la caída del segundo imperio, cuya válvula de escape será el hundimiento nacional ante la derrota militar; pero su génesis no pertenece ya a la fase francesa de la expansión socialista, aun cuando se desarrollara la tragedia sobre el suelo parisino.

El socialismo francés pudo parecer moderado y su fracaso proporcionar pequeño aliciente a las masas proletarias. Ya con anterioridad a la propia revolución de 1848 se incubaba otro movimiento más profundo, de más hondas raíces revolucionarias, llamado a repercutir seriamente en la marcha de la vida social europea. Un nuevo fermento se produjo: la lucha de clases; el apoderamiento totalitario del poder para instaurar la dictadura del proletariado, sin patria, sin fronteras, con el solo objeto de destruir la organización presente de la sociedad: la cristiana y la liberal. Su arma es la agitación continua, cuando no revolucionaria, a través de un permanente malestar de huelgas y disturbios.

Fué su exponente máximo el “Manifiesto comunista” lanzado en 1847 por Carlos Marx y Federico Engels, completado por la circular redactada por el primero en marzo de 1850 en nombre del Comité Central de la Liga Comunista. Aunque se titulen comunistas, trátase en realidad de una escuela netamente socialista, en que todo se confía a la omnipotencia del Estado obrerista, que rige la vida social, si se quiere dentro de una economía comunista.

“El propósito de los comunistas —se afirma en el “Manifiesto”— es el mismo que el de todos los partidos obreros: constitución de los proletarios en clase, destrucción de la supremacía burguesa, la conquista del poder político por el proletariado”— “los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada”— “los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen”— “la primera etapa de la revolución obrera es la constitución del proletariado en clase directora, la con-

quista de la democracia". Y su grito final "proletarios de todos los países: uníos".

Renunciamos a transcribir, para no dar una extensión desmesurada a este comentario, y sin perjuicio de insistir en otro momento sobre el tema, el programa mínimo del socialismo marxista para ser aplicado a los que denomina países más avanzados y que comprende la abolición de cuanto de fundamental tiene la familia y la propiedad. Excusado es decir, que en sistema de esa naturaleza, los principios religiosos debían padecer hondo menoscabo, con agravio inusitado para la Iglesia Católica y sus instituciones fundamentales.

Ésa fase germana del socialismo, ambientada por otros autores de concepción más científica, como Rodbertus, trasciende en la organización internacional del movimiento societario y en la creación dentro de Alemania, en 1867, de la Social-Democracia, producto netamente germano de la conjunción de los principios marxistas con los de Fernando Lassalle, fundador en 1863 de la "Unión General de Trabajadores Alemanes"; partido que en convivencia con el régimen imperial de los Hohenzollern, pretendió la conquista del poder por la aplicación del principio de la fuerza por el número, a través del sufragio universal, y que hubo de ser el que recogiera la herencia de aquella real dinastía, ocurrido el cataclismo de 1918.

Marx, con Mazzini y Tolain, funda en 1864 la primera internacional socialista (Asociación Internacional del Trabajo), que en el Congreso de Ginebra de 1866, queda organizada en secciones, federaciones y Congreso, que se reúne anualmente en diversas ciudades europeas. En 1868, se celebra en Londres otra Asamblea obrera, bajo el signo de las Trade-Unions. Aunque Marx residiera largamente en la capital británica, donde escribe su obra fundamental "El Capital", su influencia es prácticamente escasa en el movimiento laborista, de una trayectoria más moderada, encuadrado en fórmulas peculiares, acordes con la psicología y temperamento del pueblo inglés, cuyo estudio y proceso histórico requeriría un capítulo aparte.

Dentro de la A. I. T. figuraba el grupo anarquista, con Miguel Alejandro Bakunin a la cabeza. Pronto se hicieron patentes las discrepancias entre ambos grupos, que culminaron en el Congreso de La Haya de 1872, en que abiertamente se produjo la escisión, separándose la fracción anarquista, que constituyó una internacional aparte, quedando virtualmente terminada la primitiva internacional marxista, que revivió luego, aun cuando los hechos sucedidos en uno y otro grupo, de graves consecuencias, pertenecen a un período posterior.

Para los anarquistas—seguidores de las doctrinas de Proudhon, Max Stirner, Bakunin y con posterioridad Kropotkin—subsiste el sistema económico comunista, pero no impuesto o regido autoritariamente por el Estado, sino por un principio de coexistencia social, que determina que los hombres libres vivan asociados para dominar a la naturaleza, que de otro modo les avasallaría.

Las doctrinas anarquistas, más que escuela ideológica originaron una estela terrorista, conocida con el nombre de "nihilismo", que ensangrentó Europa, con víctimas coronadas y entre gobernantes preeminentes, de cuyos sinsabores se vió intensamente afectada nuestra patria.

* * *

Hasta aquí alcanza el proceso evolutivo, trazado a grandes rasgos, del socialismo revolucionario en el período que comentamos, coronado por la exaltación al solio pontificio de la gran figura de León XIII, en el año 1878. Mentalidad tan

poderosa no podía permanecer ausente del problema social, en momentos en que se presentaba con realidades apremiantes. Y tanto para fijar la doctrina de la Iglesia y la conducta a seguir por los católicos ante las actividades de los partidos societarios, como para señalar las normas de justicia que han de imperar en las relaciones de trabajo, publicó dos Encíclicas conocidas con los nombres de "Quod Apostolici Muneris", en 27 de diciembre de 1878, contra las sectas socialistas, y la famosa "Rerum Novarum", de 15 de mayo del año 1891, sobre la condición de los obreros.

Quede para otro número de nuestra Revista, la glosa reverente de la Encíclica "Rerum Novarum" y limitémonos hoy aquí a un breve y modesto comentario o resumen de la "Quod Apostolici Muneris". A su elevación al Pontificado, el Papa contempló el panorama social que en la Europa de aquel entonces se divisaba, recién salida de las agitaciones que el término de la guerra franco-prusiana, la "Comunne" de París y la usurpación de los Estados Pontificios produjeron. Y como deber apremiante estimó, seguramente, que debía dedicar una de sus primeras Encíclicas a la condenación de las doctrinas socialistas, comunistas y nihilistas, como dice el documento pontificio, reiterando otras anteriores sobre errores modernos publicadas por sus augustos antecesores.

Como mal primordial del socialismo, hace resaltar sus ataques contra la sociedad, la propiedad y la autoridad, considerados como elementos fundamentales de la civilización cristiana. El origen de tales doctrinas lo busca el Pontífice en el racionalismo que "desechando toda revelación y todo orden sobrenatural" abrió "las puertas a los inventos, o más bien delirios de la sola razón". Y como fruto de ellas destaca el Estado cuya autoridad pública "no toma el principio, ni la majestad, ni la fuerza del mando, de Dios, sino más bien de la multitud popular, que, juzgándose libre de toda sanción divina, sólo ha permitido someterse a aquellas leyes que ella misma se diese a su antojo". Diseminadas por todas partes estas doctrinas, "entregados al olvido los premios y penas de la vida futura y eterna", surge la que se llama rebelión de los necesitados, de la infima clase social, "cansada de la pobreza de su casa u oficina."

El Papa contrapone las doctrinas evangélicas con las del socialismo, refutando el falso concepto de los que abusan del mismo Evangelio "para engañar más fácilmente a los poco cautos", y destaca como el igualitarismo que propugna el socialismo es falso, en tanto que la igualdad evangélica mantiene la de los hombres ante Dios y la ley divina, reconociendo la desigualdad de derecho y de potestad, que dimana del mismo Autor de la naturaleza. Toda autoridad de El procede, y así como "en el mismo reino de los cielos quiso que los coros de los ángeles fuesen distintos y unos sometidos a otros; así como también en la Iglesia instituyó varios grados de órdenes y diversidad de oficios, para que no todos fuesen Apóstoles, no todos Doctores, no todos Pastores, así también determinó que en la sociedad civil hubiese varios órdenes, diversos en dignidad, derechos y potestad; es a saber: para que los ciudadanos, así como la Iglesia, fuesen un solo cuerpo, compuesto de muchos miembros, unos más nobles que otros, pero todos necesarios entre sí y solícitos del bien común".

La Iglesia Católica, por boca de su supremo Pastor, de nuevo señaló las doctrinas de justicia y caridad en frente a los desmanes sectarios. El mundo, empero, siguió su alborotada carrera en pos de un ideal redentorista que ha llenado a la humanidad de dolor y de rencores.

Jorge Galbany



Algunos aspectos de la solución cristiana al problema social

La doctrina social católica puesta de relieve en la Encíclica "Rerum Novarum" de León XIII, ha sido a partir de su aparición profusamente comentada. En todos los países medianamente civilizados la bibliografía en esta materia es copiosa desde todos los campos. Nuestra Patria no podía ser una excepción y mucho menos dada nuestra tradición católica y efectivamente desde 1891 hasta nuestros días una biblioteca de centenares de títulos podría formarse.

Ello motiva que para un comentario de las doctrinas preconizadas por el Papa León deban tenerse en cuenta todos los ingentes materiales existentes: decir menos es no decir nada y debe aconsejarse para los no iniciados o la sola lectura de la Encíclica o una lectura y estudio meditado no susceptible de realizarse por meros artículos periodísticos.

En estas líneas intentaremos explicar algunos puntos de los tratados en la Encíclica prescindiendo de temas que por haber sido agotados en numerosas monografías o trabajos de conjunto, pueden con mayor facilidad ser estudiados y que por otra parte no caben en los límites de una publicación como en la que aparecen estos párrafos. Habiéndose desarrollado anteriormente las causas de la cuestión social y sus falsos remedios es oportuno considerar los que la clara visión de León XIII conceptúa como remedios verdaderos de la pavorosa cuestión obrera o social.

¿Puede ser resuelta la cuestión social?

Después de hacer el Pontífice una exposición de la crítica situación social de su época y de refutar las falsas soluciones nos habla de los remedios verdaderos a dicha cuestión.

A propósito de ello cabe preguntarse si la cuestión social puede ser resuelta (1).

En tesis capitalista (2) el problema social no tiene solución, "el problema social es difícil que se resuelva como no se convierta a los hombres en ángeles" dicen en todo tiempo los liberales. Postura conformista y pesimista por lo tanto: si la cuestión social persistirá siempre es tiempo perdido buscar una nueva organización social, una evolución que cambiando la actual estructura de la sociedad cambie "la desgraciada y calamitosa situación en que se hallan sin merecerlo los hombres de la ínfima clase".

En rigor el capitalismo no puede sostener otra tesis; no sería capitalismo si sustituyera el amor al capital por el amor al prójimo.

Contra esta visión errónea por interesada, la solución cristiana es muy otra. León XIII si bien estima que no es fácil resolver el problema social, nos dice que para su resolución "no se hallará solución ninguna aceptable si no se acude a la religión y a la Iglesia".

Pero además de esta confesión nos indica con plena con-

fianza que la doctrina de la Iglesia basta para "dirimir completamente esta contienda".

No es la primera vez que ante la gravedad de los problemas planteados a la sociedad, ésta empavorecida, obcecada o ciega, niegue que puedan ser resueltos por doctrina alguna los males que la aquejan. La esclavitud, la infeliz situación de la mujer, la desconsideración del enemigo, eran problemas sociales que aquejaron en un tiempo al mundo. Ni a Platón ni a Aristóteles se les ocurrió pudiera ser trastornada la situación social del mundo de forma tal que no existieran ya más esclavos. Y no obstante la desaparición de la esclavitud se logró merced a la Iglesia Católica.

Del mismo modo que los antiguos filósofos mencionados, el capitalista, el liberal, el buen burgués, actuales, no creen en la desaparición del problema social, no conciben una sociedad bien organizada sin la existencia de la miseria y de los millonarios, rebosantes sus arcas de capital.

Incluso una gran masa de cristianos se aferra a la idea de insolubilidad del problema social por poca fe en la virtualidad de la Iglesia a la que falsamente se supone conforme con el orden social existente. Como bien dice Ketteler (3) "como católicos debemos abstenernos de dar a entender que no consideramos perfectible el cuadro primitivo, las formas sociales y políticas del pasado, así como también que nuestros esfuerzos deben dirigirse a elogiarlas con cualquier motivo y recomendarlas para el porvenir como el único remedio. Nos es imposible señalar anticipadamente cuales serán las formas sociales que el Cristianismo dará a la Humanidad al penetrar en todas partes".

Debemos tener fe en nuestras doctrinas y en su posibilidad de realización: el Cristianismo tiene fuerza suficiente para—informando de nuevo como en otro tiempo, la vida social—resolver el problema. Y para ello no precisa que los hombres se conviertan en ángeles, basta con que sean cristianos practicantes. El orden social, cuando sea cristiano, no admitirá problemas sociales en el sentido que hoy damos a estas palabras, porque la doctrina cristiana eleva al hombre degradado y como dijo acertadamente Aznar (4) "en el fondo de lo que llamamos cuestión social hay siempre un rebajamiento de nivel moral en los individuos y sin vida moral individual, hay vida social desordenada, embarullada, perturbada, es decir, no hay normalidad en la vida de la Sociedad".

Profundamente indicó Foerster (5) que "esta crisis de que adolece nuestra cultura no es en primer lugar de naturaleza económica o política: es una crisis profunda de la vida espiritual. Estriba precisamente en el contraste entre la civilización exterior (o aumento de la vida de relación) y la depravación interior".

La solución de la cuestión social no puede consistir en ligeros retoques dados a la organización social actual, dado que en ella misma se encuentra la raíz del mal. El propio Pío XII en su discurso de Pentecostés de 1943 nos dice que "no es solo el estado social de los trabajadores y trabajadoras el que está pidiendo retoques y reformas, sino que toda la compleja estructura de la Sociedad tiene necesidad de ser

(1) El problema social es para Autoine «el problema planteado por el conjunto de males que sufre la sociedad en el orden del trabajo y la necesidad de encontrar medios propios para curarlos o dulcificarlos».

(2) Empleamos la voz «capitalismo» en el sentido en que lo define Azpiazu («El Estado Corporativo»): «régimen en que el gran capital ejerce preeminencia efectiva sobre el trabajo: preeminencia en la dirección, preeminencia en el beneficio, preeminencia en el régimen jurídico que favorece la constitución y engrandecimiento del mismo capital».

(3) Cfr. «Liberté, autorité et Eglise» pag. 5

(4) Cfr. «Problemas sociales candentes». S. Aznar, Barna 1930 pag. 382.

(5) Citado por Hovre «Ensayo de filosofía pedagógica» Madrid 1932.

enderezada y mejorada, sacudida profundamente como está en su mismo organismo" (6).

El Cristianismo no profesa ningún determinado sistema puramente económico que deba aplicarse a la vida económica de los pueblos. Se encarga de señalar los fundamentos morales en que debe apoyarse el sistema y no podía ser menos. Rutten (7) dice que "las dos Encíclicas — Rerum Novarum y Quadragesimo Anno — no deben considerarse como un tratado de Economía Política" sino que como indica León XIII se tratan de cuestiones económicas para que "se vean bien los principios que han de dar a esta contienda la solución que demandan la verdad y la justicia".

Existiendo una jerarquía de valores, todos los de tipo económico deben estar subordinados al fin supremo y a los valores de orden superior a ellos. La complicación técnica actual exige una especialización en el detalle, cosa que no siempre ocurrió, razón por lo que en otros tiempos la Iglesia intervino activamente en la organización de la vida económica de los pueblos descendiendo a cuestiones puramente técnicas.

La Iglesia establece normas sobre un conjunto de cuestiones directa e íntimamente relacionadas con la cuestión social y con la economía. Posee luz propia y alumbró a los cristianos sobre cuestiones como la propiedad privada, la lucha de clases, el verdadero valor de las riquezas, la intervención del Estado, organización de las corporaciones, etc.

Estas normas y principios ilustran acerca de por donde hay que orientarse y andar en la formulación de principios, pero dejan margen al entendimiento humano para resolver la forma de organizar una economía y una política social que beneficien justamente la gran masa de olvidados del mundo.

"No hay que pedir — como dice un autor (8) — a la Iglesia, que descienda a pormenores de ejecución patrocinando tales o cuales fórmulas económicas o sociales que no son de su competencia. En ese terreno puede haber variedad de soluciones más o menos equivalentes y de las cuales por razones particulares unas pueden salir bien y otras fracasar. La Iglesia no ha de comprometer su autoridad en esos fracasos posibles con peligro de envolver en el descrédito valores sacratísimos cuya guarda le fué confiada" y bien podemos afirmar sin lugar a duda alguna con otro autor (9) que "la Revelación nos enseña como iremos al cielo, pero se calla acerca de la organización que debemos preferir en la tierra y aunque la misión de la Iglesia no es señalar a la sociedad el camino mejor que debe seguir, la organización social mejor que debe adoptar, sino que tiene una misión más elevada, si la organización defectuosa del mundo pudiera ocasionar o hubiere ya creado peligros inmediatos para la fe y costumbres habrá llegado el momento para que tome parte para resolver la cuestión". Eso exactamente hizo León XIII y siguen haciendo sus sucesores: sin que se pueda decir que hacen economía, intervienen levantando su voz cuando la organización del mundo pone en peligro inmediato a la muchedumbre de perder su fe y sus buenas costumbres.

"Si remedio ha de tener el mal que ahora padece la Sociedad humana, este remedio no puede ser otro que la restauración de la vida e instituciones cristianas". Es uno de los remedios para la cuestión social. El principal de ellos. Restauración de la vida cristiana, vida o sea actividad, práctica, no mera especulación. La vida cristiana ha sido substituída de tiempo ya por la vida pagana y ello ha sido motivo de la crisis actual de la que el problema social es solamente una faceta (10).

(6) Para Herrera («Ecclesia» 11 de noviembre 1944 pág. 5) el remedio a la imperfecta distribución de la riqueza está en el reparto de la renta nacional.

(7) Cfr. «La doctrina social de la Iglesia», Barna 1936 pág. 22.

(8) Messeguer, cfr. «Razón y Fe», 1942 pág. 375.

(9) Sheicher. ob. cit. pág. 235.

(10) Para el cristianismo, el deber social superior del hombre consiste en el cumplimiento de sus deberes morales: merced a ellos cumplirá con la mayor eficacia su cometido social. Por otra parte no llegará a ser apto para cumplir sus deberes sociales sino en cuanto cumpla sus deberes religiosos. Cfr. Hovre. ob. cit. pág. 39.

La renovación total de la sociedad actual deberá verificarse a través del hombre precisamente y ante las ambiciones del catolicismo en este punto, palidecen las propagandas más o menos utópicas de otras escuelas reformadoras. "El término "socialismo" — ha dicho Foerster (11) — ha llegado a ser del todo exiguo para responder a la necesidad del hombre contemporáneo. El que se haya dejado atraer y sorber por el abismo de la locura colectiva, de inconsciencia, de cinismo, de brutalidad y de corrupción de estos últimos años, no nos dejará engañar por la ilusión de que la "socialización" de los medios de producción como las minas, etc. es capaz de resolver la grave cuestión de la vida en la civilización occidental. Aspirase a algo más grave y profundo: aspirase al hombre renovado y no a una nueva socialización. Por el contrario, se presiente que precisamente la liberación de los hombres de toda tiranía de organización, su liberación de la morbosidad colectiva, es en nuestros días el problema de los problemas, y que esta liberación interior, esta humanización y reconciliación, son las solas capaces de crear una sociedad digna del hombre".

Restaurar la vida cristiana como el Pontífice quiere, significa que el dinero ocupe el verdadero lugar de medio y no de fin, que el obrero se considere no como enemigo ni como extraño sino como verdadero hermano.

La realidad es ciertamente hoy en todas partes la misma: no se vive vida cristiana. Hablando de nuestra Patria, dice Peiró (12). "Hay en España una masa considerable de personas sometida a la Iglesia, que reconocen su autoridad y reciben su influencia, cualquiera que sea el grado, que no vamos a precisar, la hondura y la sinceridad de su vida religiosa. Y en línea paralela bulle otra masa enorme de personas que no pertenecen a la Iglesia, que la desconocen y hasta la odian... "La situación de nuestra época se puede comparar como indica el mismo autor con la que presentaba la sociedad a finales del Imperio Romano solo "que hemos cambiado de signo. Entonces la Iglesia iba avanzando paso a paso dotada de vigoroso dinamismo mientras hoy es la sociedad pagana la que va creciendo a expensas de la Iglesia".

"Adviértese por lo tanto a los que tienen riquezas que no libran ellas de dolor ni en nada aprovechan para la eterna bienaventuranza, antes dañan", sigue diciendo León XIII.

Siendo una de las causas de la cuestión social la "voraz usura" bajo cuyo nombre debe entenderse el afán inmoderado de toda clase de riquezas que hace rendir a los capitales y al mismo trabajo un interés ilícito, es lógico el Pontífice recordando la doctrina evangélica del verdadero valor de las riquezas, y el de la justa estima de la pobreza.

Por lo que respecta al uso de la riqueza, punto importantísimo y que no podremos aquí ni ligeramente insinuar, León XIII en maravillosa síntesis nos ofrece cantera de donde la filosofía y sociología católica ha sabido extraer la justa doctrina en cuestión tan capital.

Principio fundamental que sienta León XIII: "se debe distinguir entre la justa posesión del dinero y el uso justo del mismo dinero. Poseer algunos bienes es derecho natural al hombre, más si se pregunta que uso se debe hacer de estos bienes la Iglesia sin titubear responde: cuanto a esto, no debe el hombre tener las cosas externas como propias sino como comunes; es decir, de tal suerte que fácilmente las comunique con otros cuando estos las necesiten" y añade "a nadie se manda socorrer a otros con lo que para sí o para los suyos necesite, ni siquiera dar a otros lo que para el propio decoro de su propia persona ha menester, pues nadie está obligado a vivir de un modo que a su estado no convenga. Pero satisfecha la necesidad y el decoro, deber nuestro es, de lo que sobra, socorrer a los indigentes".

Los bienes "que sobran" o supérfluos "no pueden ser considerados — como dice Rutten (13) — por el propietario como bienes que le están exclusivamente reservados sino más bien como bienes que deben ser utilizados en interés de la Comunidad".

(11) Cfr. «Mein Kampf», cit. por Hovre. ob. cit.

(12) «El problema religioso social de España». Madrid 1935 pág. 55.

(13) Ob. cit. pág. 81.

No se pretende desde luego una nivelación igualitaria de todos como en tiempo de los Apóstoles, pero sí se persigue con este distribuir generoso de lo superfluo a los más necesitados, una mayor igualdad de fortunas, elevando el nivel de los depauperados y disminuyendo el de los multimillonarios o simplemente burgueses acomodados. (Que la vida de unos pocos baje de nivel no debe ser obstáculo cuando ello es necesario para que la gran mayoría vea desaparecer el fantasma del hambre y de la miseria).

Esta elevación del nivel del proletariado debe llevarse a cabo "cueste lo que cueste" en boca de Pío XI y es obligación estricta procurar no solo los patronos y empresarios sino el mismo Estado y administraciones autárquicas, porque como dice bien Azpiazu (14) "la integridad de la justicia es antes que la perfección de cualquier virtud".

El problema social precisa tener en cuenta que es problema en su aspecto económico no de producción o de consumo sino de distribución precisamente y los que no creemos en la vigencia del "laissez faire" debemos propugnar y esperar que si algo positivo tiene que hacerse en cuanto a una mejor distribución de bienes en este mundo, sea no solo el individuo el que la realice sino que desde el Estado, como gerente del bien de la comunidad y por lo tanto "también" de la masa obrera, se haga algo en este sentido.

"Y no se vaya a creer que la Iglesia de tal manera tiene empleada toda su solitud en cultivar las almas, que descuide lo que pertenece a la vida mortal y terrena. De los proletarios quiere, y con todas sus fuerzas procura, que salgan de su tristísimo estado y alcancen suerte mejor".

El Pontífice, a renglón seguido de haber hecho un elogio de la pobreza, magnífico elogio, sale al paso de los que solo ven en la doctrina evangélica una teoría para resignados incapaces de ver en su verdadero valor todo cuanto de bello y hermoso tiene la vida o una religión que favorece al poderoso remitiendo para el más allá todo alivio al desgraciado, una escuela en fin, que se desentiende de la suerte terrena del proletario.

"La autoridad del Estado debe emplearse en favorecer el acrecentamiento de los bienes materiales para el conjunto de

miembros de la sociedad" dice el art. 46 del Código Social de Malinas redactado bajo la presidencia del Cardenal Mercier.

En el orden económico es principio fundamental sentado por León XIII que la finalidad del Estado consiste en procurar a la sociedad el máximo bienestar posible: "los que gobiernan un pueblo deben primero ayudar en general y como en globo, con todo el complejo de leyes e instituciones es decir, haciendo que de la misma conformación y administración de la cosa pública espontáneamente brote la prosperidad así de la comunidad como de los particulares".

No pretende pues la Iglesia que los proletarios permanezcan ajenos a los bienes materiales sino que exige del Gobernante, del Estado o del Municipio, que se le procuren en grado máximo y como primordial obligación; como dice Scheicher, "si por un lado es un deber recordar que los bienes terrenos no son el bien supremo, tampoco debe sacarse la consecuencia de que la vida de la mayoría de los feligreses no tenga más objeto que padecer un calvario, o la de que no sea cristiano procurarse por medios legítimos un alivio o bienestar. La miseria no constituye la finalidad de la vida humana, puede servir de medio para alcanzar un fin más elevado, pero como situación permanente, sin embargo, no es raro que produzca daño a la moralidad". (ob. cit. pág. 25).

Sintetizando los puntos que León XIII quiere sentar como deberes del Estado, diremos con Vicent (15) que son:

- 1.º Debe procurar la prosperidad pública o bien común.
- 2.º Debe procurar especialmente respecto a los proletarios que se cumpla la justicia distributiva.
- 3.º Debe procurar que el proletario mejore su suerte y que el fruto de su trabajo redunde en su provecho.
- 4.º Debe sostener el orden social contra los agitadores.
- 5.º Debe poner a salvo la propiedad privada.
- 6.º Debe cuidar de los bienes espirituales del obrero.
- 7.º Debe velar por la salud y fuerzas del obrero (comprendiendo aquí la regulación justa del salario).

Cada uno de estos puntos podría ser susceptible de desarrollo pero debemos poner punto dejando, quizá para más adelante, una exposición al detalle de otros aspectos de la Encíclica que aquí han debido ser forzosamente silenciados.

J. M. Martínez-Mari

(14) Cfr. «Razón y Fe» 1944 pág. 363.

(15) Ob. cit. pág. 411.



«De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos se han cosechado frutos tan amargos, que constituyen una condenación cuya eficacia supera a toda refutación teórica.»

Pío XII, Enc. «Summi Pontificatus»

Visión materialista

LA AFIRMACIÓN LIBERAL

Si Adam Smith es el padre y fundador de la "Economía Política", la Escuela de Manchester tiene en David Ricardo su figura más representativa. En él se inspiró Marx, y de su teoría del "valor" procede directamente todo el socialismo moderno. La cínica concepción del trabajo humano como mercancía brutal, la llamada ley de bronce de los salarios.

He ahí algunos fragmentos de su obra "Principios de Economía Política y de Tributación":

"El trabajo, como todas las demás cosas que se compran y se venden, y cuya cantidad puede ser aumentada o disminuida, tiene su precio natural y su precio de mercado. El precio natural del trabajo es aquel que es necesario, por término medio, para que los trabajadores subsistan y crezca una familia en que se reproduzcan *sin aumento ni disminución*".

"Aquello que hace posible la subsistencia del trabajador y de la familia que sea necesaria para conservar el número de trabajadores no depende de la suma de dinero que reciba como salarios, sino de la cantidad de alimentos, artículos de primera necesidad y otras cosas útiles que le sean, por costumbre, indispensables, que con aquel dinero pueda adquirir. El *precio natural* del trabajo depende, por tanto, del precio de los alimentos y artículos necesarios y útiles requeridos para la subsistencia del trabajador y de su familia".

"El *precio de mercado*, para el trabajo, es el que se paga realmente por él, formado por la actuación natural de la relación entre la oferta y la demanda; el trabajo es caro cuando escasea y barato cuando abunda. Aunque el precio de mercado puede apartarse mucho del natural, aquél, como el de todas las mercancías, tiene la tendencia a ajustarse a éste". [...]

"Con el *progreso natural de la sociedad*, los salarios tendrán la *tendencia a descender*..., pues la oferta de trabajadores mantendrá siempre el crecimiento proporcional, mientras que la demanda aumentará en proporción menor".

"Cuando la población aumente, los artículos de primera necesidad se elevarán de precio constantemente, porque será necesario más trabajo para producirlos. Por tanto, si los salarios en dinero bajan, mientras que los productos en que ellos son gastados suben, el trabajador resultará afectado doblemente, y pronto quedará totalmente desprovisto de los medios de subsistencia. Los salarios, en dinero, en vez de bajar, podrían subir; pero no subirían lo suficiente para que le fuese posible al trabajador adquirir tantas cosas necesarias y útiles como antes del alza de esas mercancías".

"...Éstas son las leyes por las que se regulan los salarios y se rige la *prosperidad de la mayoría de un pueblo*. Como todos los demás contratos, los salarios deben abandonarse a la leal y libre concurrencia del mercado, *sin someterla nunca a la intervención del Poder público*."

Oigamos a Adam Smith, el creador de la "Economía Política", en su obra "*Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*". Dice:

"El hombre necesita constantemente la ayuda de sus semejantes; pero la esperaríamos en vano de su sola benevolencia. Mejor resultado alcanzará si consigue interesar a su favor el propio interés de ellos, mostrándoles que va a resultarles ventajoso acceder a lo que se les pide. Todo el que propone a otro un negocio cualquiera, le hace la proposición siguiente: dame este objeto que me conviene y recibirás en cambio tal otro que te interesa. Éste es el sentido de toda oferta, y de esta manera obtenemos unos de otros la mayor parte de los buenos oficios que nos hacen falta. Esperamos nuestro almuerzo no de la benevolencia del carnicero o del panadero, sino de la consideración por parte de ellos de sus propios intereses. *No nos dirigimos a su humanidad, sino a sus conveniencias, y no les hablamos nunca de nuestras necesidades, sino de sus provechos*". [...]

La relación entre la oferta y la demanda "está determinada, no por una medida exacta, sino por el regateo de los que compran y venden, estableciéndose una especie de grosera igualdad que, bien que inexacta, es suficiente para llevar a buen término los negocios de la vida corriente". [...]

"En las clases populares se tienen a menudo muchos hijos. Sólo que si los salarios son bajos, la pobreza y la miseria hacen desaparecer a un gran número de ellos, mientras que salarios crecidos permiten conservar más. Si la demanda de trabajo crece constantemente, la remuneración del trabajo estimulará necesariamente el matrimonio y la multiplicación de los obreros, de manera que les permita responder por medio de una población cada vez más numerosa, a esta demanda constantemente aumentada. Si el salario fuera en algún momento inferior a lo necesario para subvenir a esta demanda, la falta de brazos lo haría subir de nuevo, y si sobrepasaba este nivel, la multiplicación excesiva de brazos reduciría pronto el salario al nivel necesario... *De esta manera la demanda de hombres, lo mismo que la de cualquier otra mercancía, regula necesariamente la producción de hombres, estimulándola cuando es demasiado lenta y frenándola cuando es demasiado acelerada*". [...]

"Habiendo eliminado de esta manera todos los sistemas de preferencia o de restricción, el sistema evidente y simple de la libertad natural se establece por sí mismo. Cada hombre, mientras no conculque los derechos de la justicia, está dejado en entera libertad de procurar su interés personal de la manera que le convenga, y de poner su capital o su trabajo en concurrencia con los de cualquier otro hombre o de cualquier otra clase de hombres". [...]



DAVID RICARDO

máximo teórico de la Escuela liberal.
Banquero judío, nacido en Londres en 1772

«La época actual, además de añadir a las desviaciones del pasado nuevos errores, los ha empujado a extremos de los que no pueden seguir sino extravió y ruina.»

Pío XII, Enc. «Summi Pontificatus»

le la cuestión social

LA RESPUESTA SOCIALISTA

La historia de toda sociedad humana, hasta nuestros días, es una historia de luchas de clases.

...En las épocas anteriores de la historia, encontramos a la sociedad dividida, casi por doquier, en una serie de estamentos, dentro de cada uno de los cuales reina, a su vez, una nueva jerarquía social de grados y posiciones.

Sin embargo, nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado estos antagonismos de clase. Hoy toda la sociedad tiende a dividirse, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado. [...]

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario.

Dondequiera que se instauró en el Poder, echó por tierra todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus superiores naturales, y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero constante y sonante, que no tiene entrañas. Echó por encima del santo temor de Dios, de la devoción mística y piadosa, del ardor caballeresco y la tímida melancolía del buen burgués, el jarro de agua helada de sus cálculos egoístas. Enterró la dignidad personal bajo el

valor de cambio y redujo todas aquellas innumerables libertades escrituradas y bien adquiridas a una única libertad: la despiadada libertad de comerciar. Sustituyó, en una palabra, un régimen de explotación velado por los «endaños de las ilusiones políticas y religiosas por un régimen franco, descarado, directo, seco, de explotación.

La burguesía despojó de su halo de santidad a todo lo que antes se tenía por venerable y digno de piadoso acatamiento.

...Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve obligado a contemplar con mirada fría su situación en la vida y sus relaciones con los demás. [...]

En la medida en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, esa clase obrera moderna que sólo puede vivir encontrando trabajo, y que sólo encuentra trabajo en la medida en que éste nutre e incrementa el capital. *El obrero, obligado a venderse a trozos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta, por tanto, a todos los cambios y modalidades de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.*

...Y ya se sabe que el precio de una mercancía, y como una de tantas el trabajo, equivale a su coste de producción.

...Cuanto menores son la habilidad y la fuerza que reclama el trabajo manual; es decir, cuanto mayor es el desarrollo adquirido por la moderna industria, mayor también la proporción en que el trabajo de la mujer y del niño des-

plaza al del hombre. Socialmente, para la clase obrera ya no rigen estas diferencias de edad y de sexo. Son todos, hombres, mujeres y niños, meros instrumentos de trabajo, entre los cuales no hay más diferencia que la del coste [...]

Hasta hoy, toda sociedad descansó, como hemos visto, en el antagonismo entre las clases oprimidas y las opresoras. Mas, para poder oprimir a una clase, es menester asegurarle, por lo menos, las condiciones indispensables de vida, pues de otro modo se extinguiría, y con ella se acabaría también su esclavizamiento. El siervo de la gleba se vió elevado a miembro del municipio dentro de la servidumbre, como el villano convertido en burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. La situación del obrero moderno es muy distinta, pues lejos de mejorar conforme progresa la industria, decae y empeora por debajo del nivel de su propia clase. El obrero se depauperó, y el pauperismo se desarrolla en proporciones mucho mayores que la población y la riqueza. He ahí una prueba palmaria de la incapacidad de la burguesía para seguir gobernando a la sociedad e imponer a ésta por norma las condiciones de vida de su clase. Es incapaz de gobernar, porque es incapaz de garantizar a sus esclavos la existencia ni aun dentro de su esclavitud; porque se ve forzada a dejarlos llegar hasta una

situación de desamparo en que no tienen más remedio que mantenerles, cuando son ellos quienes debieran mantenerla a ella. La sociedad no puede seguir viviendo bajo el imperio de esta clase; la vida de burguesía se ha hecho incompatible con la vida de la sociedad. [...]

Los comunistas apoyan, en todas partes, cuantos movimientos revolucionarios se plantean contra el régimen social y político imperante.

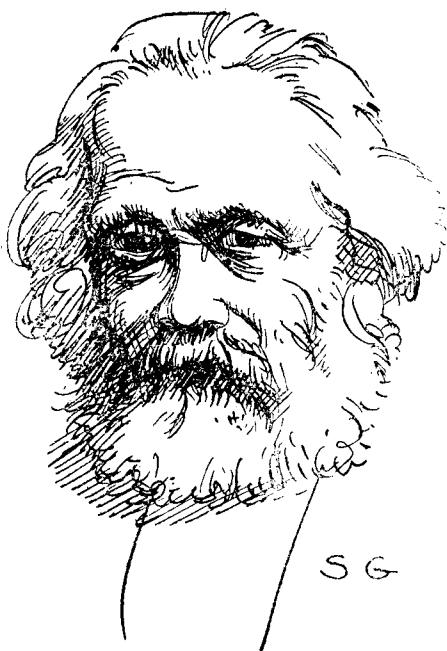
En todos estos movimientos ponen de relieve como la cuestión fundamental que se ventila, el régimen de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos progresiva que presente.

Finalmente, los comunistas laboran por llegar a la unión y a la inteligencia de los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas no tienen por qué disimular sus ideas e intenciones. Abiertamente, declaran que sus objetivos sólo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. ¡Tiembren las clases gobernantes ante la perspectiva de una revolución comunista! Los proletarios, con ella, no tienen nada que perder, como no sea sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo entero que ganar.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

Fragmentos del «Manifiesto del Partido Comunista», de Marx y Engels, redactado por encargo del Congreso de la «Liga de los Comunistas» celebrado en Londres, en Noviembre de 1847. Su original se remitió a dicha ciudad, para su impresión, pocas semanas antes de estallar la revolución de Febrero de 1848.



KARL MARX
fundador del socialismo moderno.
Judío alemán, nacido en Tréveris en 1818

Primer choque sangriento del socialismo con el liberalismo. - Revolución de 1848

MUERTE HEROICA DEL ARZOBISPO DE PARIS EN ARAS DE LA PAZ SOCIAL

Por Pierre DE LA GORCE



Las guerras civiles engendran los grandes crímenes; pero suscitan también las grandes abnegaciones. Como para consolar a la humanidad afligida, quiso Dios revelar por medio de un memorable ejemplo el poder del heroísmo inspirado por la fe. En el momento en que el general Brea caía bajo los golpes de sus asesinos, el arzobispo de París, Monseñor Affre, abandonaba su palacio episcopal para conjurar la guerra civil y para morir a causa de ella. A juzgar solamente por las apariencias, aquel paso había de sorprender. Sacerdote instruido e irreprochable, monseñor Affre huía de la lucha con el mismo cuidado que la buscan otros. El carácter dominante de su natural era el horror al ruido, la aprensión de los conflictos, el amor a la vida retirada. Pero los humildes y tranquilos saben cumplir como nadie cuando el deber les llama a la acción. Como la insurrección se prolongaba, el arzobispo recordó que, ocho años antes, al tomar posesión de su sede, prometió ofrecerse como víctima si era necesario. El 25 de junio por la tarde determinó presentarse en el arrabal de San Antonio, foco de la insurrección, con objeto de desarmar los odios, si le era posible. Una circunstancia particular le afirmó en sus propósitos. Al dis-

ponerse a partir, algunos jóvenes, católicos fervientes, se le acercaron y, con el ardor de su edad y de su fe, le expusieron que la intervención del Pontífice en medio de aquellos trastornos civiles no podía menos de ser sumamente provechosa para la Iglesia y para la patria; entre ellos había el profesor de la Sorbona, señor Ozanam, ya casi ilustre. Satisfecho de ver aprobada su inspiración, el arzobispo no quiso diferir su partida un solo instante. Pero, fiel siempre a su aversión al boato, dijo: "Voy a ponerme de sotanilla para que no me reconozcan y me indicarán el camino". Los jóvenes insistieron para que vistiese la sotana morada y ostentase sobre el pecho la cruz pastoral: "Haré como queráis", contestó con sencillez. Y se revistió de sus insignias como un soldado se arma para el combate.

Monseñor Affre se dirigió, desde luego, no hacia el teatro de la lucha, sino hacia la Asamblea. Era demasiado respetuoso de la autoridad civil para prescindir de su asentimiento, y quería que el jefe del poder ejecutivo tuviese conocimiento del paso que iba a dar y lo aprobase. El general Cavaignac tenía, sino el sentido de las cosas cristianas, al menos el sentido de las cosas heroicas; expuso al arzobispo lo peligroso de su empresa, y como el prelado mostró una firmeza inalterable, el general alabó su valor. Pocas horas antes, éste había redactado, de acuerdo con Sénart, una proclama en que, con insistencia conmovedora, conjuraba a los obreros que depusiesen las armas y repudiaba toda idea de represalias; remitió a Monseñor Affre, para facilitar su misión, un ejemplar de aquella proclama. El arzobispo regresó a su casa, tomó algún alimento, se confesó como si se preparase a morir y partió hacia los barrios sublevados. No queriendo que nadie se expusiese por él, había despedido al señor Ozanam y a sus compañeros que solicitaban con insistencia el honor de servirle de escolta. Únicamente le acompañaban dos de sus vicarios generales y su criado, Pedro Sellier. Eran las seis de la tarde.

Viendo pasar al arzobispo a pie, hacia la Bastilla, la emoción embargó todos los corazones. Se le acercaban los guardias móviles y, a pesar del escepticismo que reinaba generalmente en ellos, le presentaban las armas pidiéndole su bendición; tal era la impresión de la solemnidad del momento. Los oficiales trataban de hacerle desistir de su propósito, exponiéndole los peligros que iba a correr. Muchas mujeres, creyendo que iba a las ambulancias, le ofrecían hilas y trapos. El continuaba su ruta, visitando de paso a los heridos, consolando a los moribundos, prodigando a todos palabras de dulzura.

Llegó cerca de la Bastilla. En los contornos de esta plaza todo era duelo. Acababan de llevarse lejos del campo de batalla al general Negrier, que había muerto, y al

representante Charbonnel, que iba a morir. La lucha duraba hacia horas sin resultado decisivo. Los insurrectos, sin embargo, empezaban a comprender su aislamiento y mostraban algún cansancio; este cansancio se traducían a veces en cierta flojedad en la defensa. Mientras tanto, el sol declinaba en el horizonte sin que nada permitiese asegurar que el fin de la jornada marcaría el fin de la batalla.

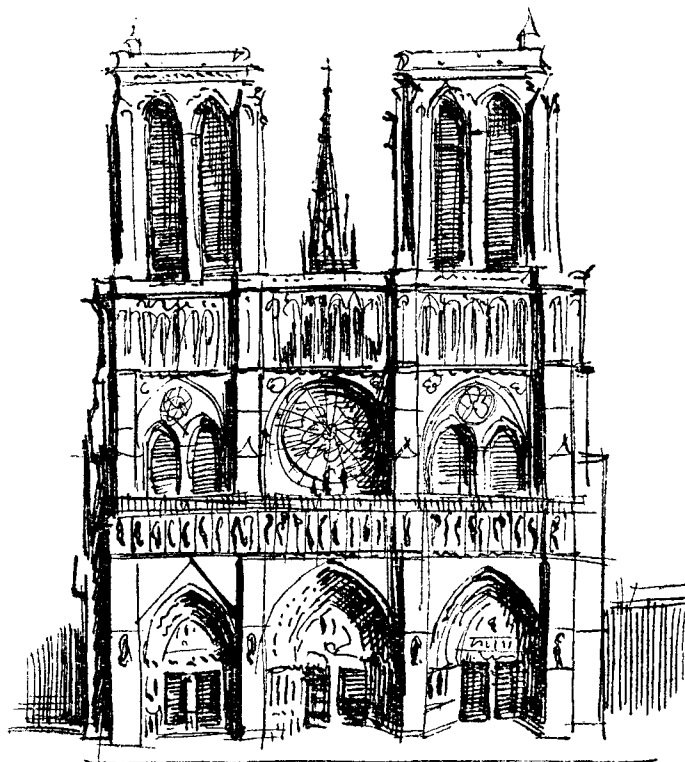
El general Perrot, que había de suceder a Negrier, no había llegado aún. El prelado se dirigió al coronel que estaba interinamente encargado del mando y le suplicó que ordenase suspender el fuego: "Me acercaré solo a esos infelices a quienes han engañado, le dijo; espero que reconocerán mi sotana morada y la cruz que llevo sobre el pecho". Suspendióse el fuego de parte de la tropa; los insurrectos no tardaron a suspenderlo a su vez. A merced de esta tregua tácita, el arzobispo se internó en la plaza; precedíale un joven, llamado Bréchemin, con una bandera blanca en señal de paz, y le seguían su criado y algunos guardias nacionales que se empeñaron en protegerlo. Adelantóse hasta la gran barricada que cerraba la entrada de la calle del Faubourg de San Antonio. Muchos insurrectos bajaron a la plaza; varios soldados, deseosos de fraternizar, avanzaron también. El arzobispo habló procurando inclinar los corazones a la reconciliación.

Todo hacía esperar el éxito de aquella tentativa. De pronto una mala inteligencia funesta hizo romper de nuevo las hostilidades. Mientras el arzobispo realizaba su piadosa misión, el representante Beslay, que vivía en el barrio y que dos días antes había sido investido de plenos poderes para pacificar el distrito, reunió en torno suyo, en otro punto de la plaza, algunos delegados de los rebeldes, a quienes dió a conocer la proclama del general Cavaignac, aconsejándoles que depusiesen las armas. Algunos dudaban, empero, de la autenticidad de aquel documento: querían que llevase la firma del general. Beslay insistía, proponiendo quedar en rehenes hasta que la proclama firmada llegase del palacio de la Asamblea. La discusión se acaloró degenerando en tumulto. Beslay, molestado por las apreturas de la gente, quiso hacer ensanchar un poco el círculo que le rodeaba; además, ordenó un redoble de tambores a fin de obtener silencio y hacerse escuchar. El movimiento que se produjo en el grupo y el redoble del tambor hicieron creer en una ruptura de negociaciones: los defensores de la barricada se volvieron precipitadamente a su puesto; partió un tiro de fusil, y a éste siguió una descarga general, tanto de parte de los insurrectos como de parte de la tropa. Mientras tanto, el arzobispo, pasando por una tienda de vinos que tenía dos puertas, había penetrado en la calle del Faubourg y se encontraba detrás de la barricada. No había abandonado la esperanza de apaciguar los ánimos, y con la voz y el gesto procuraba calmar a la muchedumbre. En aquel momento, una bala, dirigida de arriba abajo, le hirió en la espalda. "Amigo mío, me han herido", dijo con desmayo a un obrero que le recibió en sus brazos. Los insurrectos, aterrados al ver caer aquella gran víctima, transportaron al arzobispo a casa del cura de Quinze-Vingts.

* * *

Al mismo tiempo que la Asamblea celebraba la pacificación de la ciudad, el arzobispo de París era transportado a su palacio para morir en él. Aquel regreso pareció pompa triunfal, como si el pueblo hubiese colocado ya entre los santos al que por él había sacrificado su vida. Obre-

ros del arrabal, soldados y guardias nacionales se disputaron el honor de llevar la camilla en que era conducido el venerable prelado. El triste y piadoso cortejo, compuesto de oficiales, soldados, sacerdotes, médicos y pueblo, se puso en marcha por las calles que las barricadas aún obstruían de trecho en trecho. Transeuntes y vecinos se arrojaban al paso del herido. Este no cesaba de repetir con débil voz: "Que mi sangre sea la última vertida". Se le afirmó que la guerra civil había concluido, y esto pareció calmar sus sufrimientos que eran crueles. En otros momentos, hubiérase dicho que la grandeza de su muerte asustaba a su humildad: "Después de mi muerte, decía, me prodigarán tal vez elogios muy innmerecidos". Al llegar al arzobispado, el Pontífice bendijo por última vez a los soldados y al pueblo. Expiró el día siguiente a las cuatro de la tarde. Los insurrectos y los defensores del orden se echaron recíprocamente la responsabilidad de



SG

aquella muerte. ¿De qué lado partió la bala que hirió al prelado? Aún se ignora. ¿Aquella bala fué dirigida por una mano criminal o lanzada por el azar? Tampoco se supo. Quince años atrás, había en las cárceles del Sena un individuo conocido por sus carceleros y compañeros de prisión con el nombre del *Arzobispo*. Según unos, era un antiguo guardia móvil que había sostenido en brazos a monseñor Affre herido; según otros, era el insurrecto que le había muerto. Poco importa ese misterio que la historia sin duda no aclarará jamás. Al enterarse de la muerte sublime del pontífice, Francia entera repitió la frase de Montalembert: "Dios mismo ha puesto la corona del martirio sobre su frente".

(*La segunda República francesa*, *Historia General de Francia*, tomo X, págs. 421-424).

SOLUCIONES DEL FILOSOFISMO SOBRE LA CUESTION SOCIAL

VOLTAIRE-ROUSSEAU

Por su indudable interés para la materia de este número, publicamos los siguientes fragmentos de la valiosa obra «Del protestantismo en su relación con el socialismo» (Libro I, caps. VI y VII), del concienzudo escritor francés AUGUSTO NICOLÁS, autor de los «Estudios filosóficos sobre el Cristianismo», contemporáneo y traductor a su idioma de nuestro ilustre Balmes.

Cuando se ha caído en el error, el buen sentido está en no mantenerse lógico en el error mismo. Voltaire tuvo en alto grado este buen sentido, del cual estuvo Rousseau completamente desprovisto, pues fué siguiendo locamente la lógica del error hasta sus últimas consecuencias, hasta los abismos. Por lo cual, ¡cosa notable por cierto!, aunque su punto de partida sea menos impío que el de Voltaire, y de consiguiente, menos subversivo, viene a parar, en definitiva, a una subversión mucho mayor. Voltaire destruye todos los principios en la aristocracia de la inteligencia, pero no desciende más abajo, a lo menos directamente. Sus escritos han quedado en las bibliotecas, en donde aún no han metido el fuego, haciendo allí las delicias infames de hombres de *orden*, como él mismo era; y en el día ha subido ya al estante más alto, tan polvoroso como olvidado. Rousseau, al contrario, no ha cesado de ser puesto en acción; ha sido llevado en la refriega como el Korán. Ha figurado sobre la mesa del *comité* de salud pública, y hoy día está en las manos de los socialistas... De un siglo a esta parte no ha habido falsa dirección del pensamiento y falsa aplicación de la moral, que no le sea en algún sentido imputable... Él es quien ha introducido esa grande y quimérica absurdidad, cuyas consecuencias vamos a considerar luego, que el *hombre nació bueno*, que todos los males y todos los errores sólo vienen de lo que la sociedad y los Gobiernos han añadido a su naturaleza... Él es el autor de ese método paradójico, que consiste en tomar siempre las cosas *a priori*, es decir, como ellas serían si no fuesen lo que son, y que, dando a esas suposiciones del pensamiento el valor de realidades, destruye a todas ellas, tira en todas direcciones las líneas inflexibles de una metafísica sistemática, a despecho de la experiencia y del sentido común, y abandona el mundo a todas las tentativas de la demencia.

Todas esas peligrosas tendencias que han causado las calamidades de nuestra época, tienen más particularmente en Rousseau su punto de partida; y lo tienen en él más que en ningún otro, más que en Voltaire, porque ha sido más lógico en el error, porque en ese gran vacío, en ese abismo inmenso del *naturalismo* que la pérdida de las nociones de la fe había producido en el mundo y en el alma humana, el sentimiento más fuerte en él absorbía la razón, no contenida por cosa alguna; mientras que en Voltaire la razón, más libre y más ligera, se mantenía, digámoslo así, más fácilmente, flotando sobre el vacío, a favor de las inspiraciones del interés y de las dichas inconsecuencias del sentido común.

Esto es lo que descuella sobre todo de sus soluciones sobre la cuestión social, soluciones que importa mucho señalar y aproximar, porque expresan perfectamente los dos únicos puntos de vista que el espíritu humano, privado de fe, puede tener sobre esta cuestión formidable, y de la que Voltaire y Rousseau son la representación más precisa.

El conservador Voltaire sale airoso del apuro.

“Es claro, dice, que todos los hombres, en cuanto gozan de las mismas facultades, inherentes a su naturaleza, son iguales.

“Pero, ¿son independientes los unos de los otros, como los animales?

“Lo serían si estuvieran sin necesidades, si los bienes de este mundo bastasen a todos, como los de la naturaleza bastan a todos los animales.

“Pero la miseria inherente a nuestra especie subordina necesariamente un hombre a otro. Habiendo recibido el hombre ese rayo de la Divinidad que se llama razón, ¿cuál es su fruto? El ser esclavo en casi toda la tierra.

“Una familia numerosa ha cultivado un buen terreno; una corta familia vecina tiene un campo ingrato y rebelde; es necesario que la familia pobre sirva a la familia rica, o que la degüelle; aquí no hay réplica. Y si en vez de resignarse a servirla va a atacarla, y queda batida, en lugar de ser servidora, será esclava.

“Es imposible, continúa Voltaire, que en nuestro desdichado globo los hombres vivan en sociedad, si no están divididos en dos clases: la una de ricos que mandan, la otra de pobres que sirven”.

Mas, ¿quién será el rico, y quién será el pobre? Siendo esta condición de pobre, violenta, servil, abyecta, sin temperante, sin consuelo y sin esperanza, nadie querrá ser pobre; el pobre querrá siempre hacerse rico, y le vendrán deseos más de una vez, de decir, como la paisana de Alemania: *¡Ahora me toca ser el amo!*, o cuando menos, dirá: dadme la parte de que necesito de vuestro sobrante.

Pero Voltaire no lo entiende así. —“Tú vienes a decirnos, responde al pobre, cuando son hechos ya los lotes: Yo soy hombre como vos, yo tengo dos manos y dos pies, tanto orgullo como vos, un espíritu tan desordenado, tan inconsecuente, tan contradictorio como el vuestro. Soy ciudadano como vos; hacedme justicia, dadme mi parte de tierra.— Y se le responde: Vete a tomártela entre los cafes y los hotentotes; aquí están hechas ya todas las partes. Si quieres tener entre nosotros comida, vestido, habitación y lumbre, trabaja para nosotros, como hacia tu padre; sirvenos, diviértenos, y serás pagado; si no te verás obligado a pedir limosna”.

Continúa Voltaire diciendo que todos nosotros tenemos una inclinación violenta a la dominación, a las riquezas y a los placeres; y que por consiguiente, cualquiera querría tener el dinero, las mujeres y las hijas de los otros; que esto es imposible, sin que se pervierta la sociedad humana; que el género humano, tal como es, no puede subsistir, a menos que haya una infinidad de hombres útiles que no poseen nada, y que así la igualdad es juntamente la cosa más natural, y la más quimérica.

El puro buen sentido es el que así habla, el buen sentido bien vestido, bien nutrido, holgándose en el seno de la opulencia y de los placeres. Pero el buen sentido desnudo, famélico, macilento, viene a su vez, y dice: ¿Qué es lo que llamáis género humano? ¿A qué llamáis sociedad? Si sois vos, poco me importa que sea pervertida; si soy yo, ello lo es realmente; nada voy a perder, y todo a ganar en atacar esa sociedad que me rechaza, que me aplasta como a un gusano, que me niega lo necesario, obligándome a respetar y a aumentar vuestro supérfluo. *Cuidado en no traspasar vuestra medida, porque la rabia me ha subido al corazón, y vuestro servidor y sus ojos respiran sangre* (Proudhon).

Voltaire preveía muy bien esta lógica terrible y las espantosas consecuencias que la siguen, y que no tardaron en estallar sobre la sociedad francesa; mas él se alucina y tranquiliza con este raciocinio: “No todos los pobres son desgraciados; la mayor parte nacieron tales; pero el trabajo continuo les impide el sentir demasiado su situación; mas cuan-

do la sienten, entonces se ven guerras como la de los paisanos en Alemania, en Inglaterra y en Francia. Todas estas guerras acaban tarde o temprano, por la servidumbre del pueblo, porque los poderosos tienen dinero, y el dinero es el rey del mundo". *Diccion. filosófico. Art. EGALITE.*

* * *

Escuchemos ahora a Rousseau:

"Cuando los pobres han consentido que hubiese ricos, los ricos han prometido alimentar a cuantos no tuviesen de qué vivir, ni por sus bienes ni por su trabajo". (*Emilio, lib. II.*)

"El primero que habiendo puesto cerco a un terreno se le ocurrió decir: ESTO ES MIO, y halló gentes bastante simples para creerle, fué el verdadero fundador de la sociedad civil. Qué de crímenes, qué de guerras y de muertes, y de miserias y de horrores, no hubiera evitado al género humano el que, arrancando las estacas o llenando el foso hubiese exclamado a sus semejantes: ¡Guardaos de escuchar a este impostor! Estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos, y que la tierra no es de ninguno". (*Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad.*)

* * *

Nada más absurdo indudablemente que estos conceptos

Del naturalismo: Relación que establece entre el protestantismo y el socialismo

La odiosa doctrina de opresión de Voltaire y la doctrina insensata de revuelta de Rousseau sobre la gran cuestión de la desigualdad de las condiciones sociales (y en Voltaire y Rousseau entendemos manifestar todos los filósofos del siglo décimooctavo, el propio Filosofismo, cuya doble escuela representan) estaban impelidas por la necesidad de encontrar una solución a este formidable problema de la pobreza y de la riqueza, desde el momento en que se desechaba la solución que del mismo nos da la fe cristiana. [...]

En lo más fuerte de la repudiación de esta fe, el problema de la sociedad tomó tal importancia, que la investigación de esta solución produjo una ciencia especial, de la que no se había oído hablar aún, y que absorbió desde luego todas las demás, hasta llegar a ser la ciencia general, la ciencia única, la CIENCIA, como entonces se la llamaba, y al que la enseñaba, el MAESTRO. ¡Qué homenaje dado a la verdad de la fe católica el de esta importancia atribuída a lo que se había llamado para reemplazarla! ¡Tan inmenso era el vacío hecho por su ausencia!

Esta ciencia es la *economía política*.

Desde entonces todos los talentos han venido a prestarle el apoyo de sus trabajos, y apurar todos sus esfuerzos para encontrar la palabra del enigma, sin poder lograr otra cosa que excitar y acrecer la voracidad de la esfinge que amenaza en el día tragar la sociedad.

Rousseau fué uno de los primeros que se lanzaron a la palestra, y él es el autor del artículo consagrado a la *economía política* en la *Enciclopedia Universal*.

Es muy notable hasta qué punto, entre todos los elementos que esta ciencia pone en juego en sus complicados laboratorios, y cuyo empleo ha introducido en nuestro lenguaje una multitud de locuciones áridas que lo desfiguran, el elemento sobrenatural y hasta espiritual ha sido excluído.

Esta exclusión, que es la de la solución misma, ha venido a ser una de las condiciones del problema; y de ahí puede juzgarse de la buena fortuna de nuestros Edipos. Dados la tierra sola y los bienes solos de este mundo para hacer la riqueza y la prosperidad de las naciones, no tomando al hombre sino del trecho de la cuna al sepulcro, sin admitir nada ni más acá ni más allá, y aún no tomándolo sino en su cuerpo y en sus facultades físicas, hallar la ley del equilibrio entre sus satisfacciones y sus necesidades, tal es la piedra filosofal de esta nueva alquimia.

* * *

Partid del solo orden natural, y llegaréis por una fatalidad a la subversión de este mismo orden. Participando el hombre a la vez del orden natural y del orden sobrenatural, el suprimir éste es obligarle a que lo busque, a que lo realice a toda costa en aquél; como si dijéramos, a hacer lo infinito

de Rousseau; pero de otro lado, nada más odioso que aquellos raciocinios de Voltaire.

¿Qué puede darse tan odioso y repugnante como oír al rico del fondo de su inícuca opulencia, de sus goces criminales, y de sus insolentes placeres, decir al pobre, falto casi siempre de lo necesario, privado de toda esperanza, no teniendo más perspectiva de felicidad que esos mismos bienes de que está desprovisto, y en que el rico rebosa: ¡Sírvenme, diviérteme de buen grado, si quieres vivir? Tente aún por muy feliz, pues podría yo hacerte esclavo, o no necesitando de ti, enviarte a los cafres u hotentotes a buscar tu parte de existencia. Si te resistes, o te atreves a levantar la cabeza, yo te aplasto, porque los poderosos tienen dinero, y el dinero es el rey del mundo.

Entre estas dos soluciones se halla, pues, colocada la sociedad, y estas dos doctrinas se hallan más o menos frente a frente en el seno de una sociedad desprovista de fe. En el fondo, la propiedad no se defiende ya en el día sino por lo odioso de Voltaire contra lo absurdo de Rousseau; y una y otra doctrina se autorizan recíprocamente, para tener a la sociedad en un estado siempre creciente de guerra y de destrucción, y empujarla hasta el abismo, si ella no regresa a la fe [...]

con lo finito; lo absoluto con lo contingente, lo perfecto con lo imperfecto, el cielo, en una palabra, con la tierra: medio infalible de hacer de ésta la imagen del infierno. ¡Qué de locuras, cuántas calamidades han salido de esta absurda tentativa, imprescindible, sin embargo, para cualquiera que no admita el orden de la fe!

El Socialismo y el Comunismo son de ello la consecuencia menos irracional; y es la primera que se presenta, pues consiste en tomar los bienes de este mundo tales como son, asegurando su igual y común goce a todos. Siendo igual en todos los hombres la vocación a la felicidad; si el fin de esta vocación no pasa de este mundo, es rigurosamente lógico que los medios sean iguales y comunes como el fin. En vano diréis que esto es imposible y monstruoso; se os responderá que aún hay otra cosa más imposible y más monstruosa, y es que la vocación de todo hombre a la felicidad sea una quimera; que sea una realidad para unos, y una quimera para otros, y que, por fin, siendo realidad para todos, los unos tengan los medios para alcanzarla superabundantemente, y los otros se hallen del todo desprovistos de estos medios, con tanto o más mérito que los primeros. [...]

Imposible es responder al Socialismo y al Comunismo en el terreno del Naturalismo. El Naturalismo establece entre el hombre y la sociedad una verdadera antinomia o contradicción que tiende al desorden en todos sentidos; y como el bello ideal de orden siempre prevalece, se interpreta naturalmente contra el desorden existente, porque, entre todos los otros desórdenes, tiene contra sí su existencia misma.

* * *

El autor inmediato de este desorden es el Protestantismo. Rompiendo el lazo de las grandes creencias del género humano, tan vivientes, tan completas, tan bien encadenadas, tan firmemente conservadas en el seno de la autoridad católica, en donde no forman más que un solo cuerpo, cuyos miembros se corresponden, se equilibran y se motivan, él disolviéndolas, las ha desnaturalizado y falseado; y entregándolas después una por una al libre examen, cuya propiedad es absorber lo sobrenatural, las ha reducido a no ser otra cosa que un Cristianismo hueco y nominal, con el cual se disfraza la negación de estas mismas verdades, y del que se hace un título de agresión contra una sociedad materialista.

La marcha de una de estas negaciones, que supone todas las demás, y su inmensa extensión, deben ocuparnos más particularmente; pues en ella vamos a tomar y seguir desde su principio hasta su término uno de los lazos que unen al Protestantismo con el Socialismo, por medio del Naturalismo. [...]

He aquí el encadenamiento del error.

Proudhon, que tiene la ventaja de tener en su mano el último anillo, nos manifiesta él mismo su encadenamiento

por medio de confesiones, que es muy importante recoger de su propia boca.

“Los antiguos, dice, acusaban de la presencia del mal en el mundo a la naturaleza humana.

“La teología cristiana no ha hecho más que ir recamando a su manera sobre este tema; y como esta teología reasume todo el período religioso que desde el origen del mundo se extiende hasta nosotros, puede decirse que el dogma de la prevaricación original, teniendo en su favor el asentimiento del género humano, adquiere por esto mismo el más alto grado de probabilidad.

“El dogma de la caída no es solamente la expresión de un estado particular y transitorio de la razón y de la moralidad humana; es la confesión espontánea, en estilo simbólico, de este hecho tan asombroso como indestructible, su culpabilidad *ab ovo*, la inclinación al mal de nuestra especie. ¡Ay de mí, pecadora! grita de todas partes y en toda lengua, la conciencia del género humano. *Vae nobis quia peccavimus!*”

“Los filósofos modernos han levantado, en oposición al dogma cristiano, un dogma no menos oscuro, el de la depravación de la sociedad. *El hombre ha nacido bueno*, exclama Rousseau en su estilo perentorio; *pero la sociedad*, es decir, las formas y las instituciones de la sociedad, *lo depravan*. En estos términos se halla formulada la paradoja, o por decirlo mejor, la protesta del filósofo de Ginebra.

“Mas, es evidente que esta idea no es otra cosa que el trastorno de la hipótesis antigua. Los antiguos acusaban al hombre individual; Rousseau acusa al hombre colectivo; en el fondo es la misma proposición, una proposición absurda.

“Con todo, a pesar de la identidad fundamental del principio, la fórmula de Rousseau, precisamente porque era una oposición, era un progreso; así que, fué acogida con entusiasmo, y pasó a ser la señal de una reacción llena de antilogías y de inconsecuencias. ¡Cosa singular! al anatema fulminado por el autor del *Emilio* contra la sociedad, remonta el Socialismo moderno.

“Rousseau no hizo más que declarar de una manera abreviada y definitiva lo que los Socialistas repiten en detalle y a cada momento de progreso, a saber, que el orden social es imperfecto, y que falta siempre en él alguna cosa. El error de Rousseau no está ni puede estar en esta negación de la sociedad; consiste sí, como vamos a manifestarlo, *en que él no supo seguir su argumentación hasta el fin, y negar todo a la vez: la sociedad, el hombre y Dios.*”

“Sea como fuere, la teoría de la inocencia del hombre, correlativa con la de la depravación de la sociedad, es la que por fin ha prevalecido. La inmensa mayoría del Socialismo, Saint-Simon, Owen, Fourier, y sus discípulos; los comunistas, los demócratas, los progresistas de toda especie, han solemnemente repudiado el mito cristiano de la caída, para sustituirle el sistema repudiado de una aberración de la sociedad. Y como la mayor parte de estos sectarios, a pesar de su flagrante impiedad, eran en demasía religiosos, en demasía devotos para terminar la obra de Juan Jacobo, y hacer remontar hasta Dios la responsabilidad del mal, han hallado medio como deducir de la hipótesis de Dios el dogma de la bondad nativa del hombre, y se han puesto a fulminar bonitamente contra la sociedad.

“Las consecuencias teóricas y prácticas de esta reacción fueron que el mal, es decir, el efecto de la lucha interior y exterior, siendo cosa de por sí anormal y transitoria, las instituciones penitenciarias y represivas son igualmente transitorias; que en el hombre no hay vicio nativo, sino que la atmósfera en que vive ha depravado sus inclinaciones; que la civilización se ha engañado sobre sus propias tendencias; que la violencia es inmoral; que nuestras pasiones son santas; que el goce es santo, y debe procurarse como la virtud misma, porque Dios que nos lo hace desear, es santo.

“Así, mientras que el Socialismo, ayudado por la extrema democracia, diviniza al hombre negando el dogma de la caída, y por consiguiente destrona a Dios, inútil ya a la perfección de su criatura; ese mismo Socialismo por cobardía de espíritu vuelve a caer en la afirmación de la Providencia, y esto en el momento mismo en que niega la autoridad providencial de la historia.

“Sensible es, no obstante, a pesar de estas apariencias, y digamos hasta veleidades de religión, que la querrela empeñada entre el Socialismo y la tradición cristiana, entre el

hombre y la sociedad, deba terminar por una negación de la Divinidad.

“La razón social no se distingue para nosotros de la Razón absoluta, que no es otra que Dios mismo; y negar la sociedad en sus fases anteriores, es negar la Providencia, es negar a Dios.

“Así pues, nos hallamos colocados entre dos negaciones, dos afirmaciones contradictorias: la una, que por la voz de la antigüedad entera, poniendo fuera de combate la sociedad y Dios a quien ella representa, refiere al hombre solo el principio del mal; la otra, que protestando en nombre del hombre libre, inteligente y progresivo, rechaza sobre la flaqueza social, y por una consecuencia necesaria, sobre el genio creador e inspirador de la sociedad, todas las perturbaciones del universo”. (*Sistema de las contradicciones económicas*, tomo I, pág. 344-348).

* * *

Esto no es otra cosa que la última expresión del error sentado en el mundo por Lutero. El principio insurreccional y revolucionario que constituye este error, hubiera tenido su Proudhon en Lutero mismo, si su aplicación hubiese sido lógica; de ello puede juzgarse por los excesos de los Anabaptistas en Alemania, bajo la dirección de *Muncer*. Los tres siglos, pues, que separan a Lutero de Proudhon, no son más que tres siglos de inconsecuencia. Pero el error no puede ser inconsecuente sino hasta cierto punto, y durante un cierto tiempo. Siendo su naturaleza y su destino el arruinar la verdad, y en esto ser lógico, y siéndole de otra parte mortal su lógica, precisamente porque arruina la verdad, que es la vida de todo, hasta del error; síguese, que el error se ve forzado a perecer, so pena de no crecer; y todo lo que hace para crecer, halla haberlo hecho para perecer. Así vemos al Protestantismo dejar algo de su vida en cada una de sus victorias, y al punto reaccionar contra sus victorias para volver a tomar algo de vida. Tal ha sido, como hemos visto, la doble conducta del Luteranismo para con el Calvinismo, del Calvinismo para con el Socinianismo, del Socinianismo para con el Filosofismo, y del Filosofismo hoy día hacia el Socialismo. Pero la reacción del error es siempre más débil que su acción, porque esta reacción es ilógica, y el error mismo no la quiere ni puede quererla sino hasta un cierto punto de esfuerzo contradictorio con su naturaleza, después del que vuelve a tomar su curso natural. Por manera que, en definitiva, y en su marcha natural, el error va a la vez creciendo y abismándose, y podrá decirse muy bien de su postrer triunfo lo que ha sido dicho del de la muerte, hija suya: *Absorta est mors in victoria.*

* * *

La sociedad está perdida, si no vuelve a la verdad de donde la desprendió Lutero. Si ha vivido desde aquel entonces hasta el día, ha vivido de la verdad católica conservada en la Iglesia, y de lo que se había conservado de esta verdad aún en el Protestantismo; pero como el progreso de éste ha ido siempre más separando el mundo de la Iglesia, y al mismo tiempo gastando la porción de verdad que había llevado consigo en aquella separación, nada más queda para vivificar la sociedad. En vano se probaría volver atrás, y tomar otra vez alguna de las posiciones que se han atravesado ya sobre la pendiente del error. ¡Quimérica pretensión! El mundo no rehace sus destinos; y lo que está pasado, ya pasó. La posición que era sostenible ayer, ha cesado de serlo hoy, en que el terreno ha sido minado; y querer probar el subir a él otra vez, sería exponerse a quedar sepultado más profundamente. Protestantismo, Volterianismo, Liberalismo, Racionalismo, todo esto puede haber sido algo, pero no es ya ni puede ser nada, porque todo esto está absorbido por el Socialismo que de ello ha salido como un monstruo del seno de su madre, y que no puede ya hacerse que vuelva a entrar en él. Una sola cosa subsiste con el error total, y es la verdad total; la verdad que no pasa, que era ayer, que es hoy, que será mañana, y por la cual tan sólo podemos existir. [...]

¡Oh verdad católica! ¡Cuán cierto es que tú sola eres la Verdad! ¡Tú sola la sabiduría! ¡Tú sola aquel árbol misterioso, cuyos frutos son la vida, y cuyas hojas curan las profundas dolencias de los pueblos! ¡Cuán cierto es que tú eres la explicación y la salud de todo, en el tiempo y en la eternidad!

Pauperismo en el siglo XIX

Paradoja

Entre los fenómenos típicos que, a lo largo de la Historia, presenta cada siglo, admiramos en el siglo XIX, destacando, como un telón de fondo tras tantas innovaciones profundas y revolucionarias, la aparición paradójica del capitalismo y del pauperismo. Simultáneos. Contradictorios en apariencia. En realidad, en íntima, esencial y lógica relación.

En el número 11 de CRISTIANDAD, y en nuestro artículo "Proyección de la figura de León XIII sobre la clase obrera", nos hemos consagrado a este particular. Extendámonos un poco más.

Pauperismo en el siglo XIX, consecuencia del liberalismo del siglo

Y es notable observar que este pauperismo se presenta como una consecuencia inmediata del individualismo liberal del siglo. No es como en los tiempos actuales — hablamos de la más inmediata actualidad — en que la Guerra Mundial plantea en todo el mundo un problema de producción, que inútilmente los Gobiernos pretenden solucionar creando cada día nuevos organismos oficiales distributivos. No es tampoco, pasando a situación contraria, como durante estas últimas décadas, en las que el mundo sufrió un exceso de producción industrial que produjo estos enormes paros obreros — hacia 1930, en los EE. UU. solamente, más de diez millones de parados, y otros tantos, o más, sumando los diversos países de Europa — los cuales, hacinados en las urbes fabriles, dieron lugar al triste espectáculo de la tan bien llamada "miseria en la abundancia" (1). No.

Este pauperismo inicial del siglo XIX se presenta, precisamente, cuando el mundo, aún poco industrializado, se lanza a la aplicación, en fábricas y talleres, de los inventos técnicos de la época. No tiene, el tal pauperismo, un fundamento, una razón económica como cuando, entrado el siglo XX, nos hallamos que todas las naciones se han industrializado muy por encima de sus propias necesidades, y, al no hallar donde vender sus productos, surge el paro y con él la miseria. Aparece aquel pauperismo, en pleno siglo XIX, cuando, pese a circunstanciales crisis, la naciente industria navega a velas desplegadas en un mundo cuya economía, aún preferentemente agrícola — en aquella época por cada obrero existían en Europa diez campesinos, en tanto que ahora el número de los campesinos, aún en países menos industriales como España, es ya inferior al de los obreros — asegura pingües mercados, fácil adquisición a sus productos. Surge aquel pauperismo, precisamente, en la época que se amasan estas grandes fortunas de parte de industriales y empresarios que han quedado famosas desde entonces (la época de los Rothschild, de los Van der Bild, de tantos grandes nombres).

(1) Este paradójico fenómeno, que en lo material fué una de las grandes causas de la actual y también de la pasada Gran Guerra, promoviendo la lucha entre los intereses económicos de las Naciones, necesitadas de hallar mercado a sus productos, merecería ser amplia y monográficamente estudiado. Todos recordamos aquellas noticias que nos traían los periódicos antes de 1939: que en Rio Janeiro habían debido destruir 7.000.000 de sacos de café, que si en California se habían debido destruir 1.500.000 cajas de naranjas o en Ceylán echado al mar 30.000 toneladas de té. Era la superproducción, desde luego aún mucho más tremenda en la esfera de lo industrial, en la que vemos ejemplos como estos: hace pocos años aún, una «tricoteuse» francesa elaboraba 200 mallas por minuto. Hoy una máquina hace 480.000. Hace un siglo un obrero necesitaba dos días para fabricar un par de zapatos; hoy una máquina los hace en una hora. Tan solo hace 25 años, en 1920, un obrero fabricaba 800 lámparas por día hoy, una «Coring» hace 650.000, o sea que solamente diez de estas máquinas podrían surtir al mundo entero!

Y es que sin la más mínima legislación social, a mediados del XIX, el trabajo no tenía amparo, ni siquiera — no vamos a entretenernos a desarrollar esta tesis, pese a su enorme interés, por falta de espacio — el que pudiera derivarse del automatismo de las libres fuerzas económicas y de la ley de la oferta y de la demanda. En esta época el trabajo ni siquiera llega a ser considerado como mercancía sana: a lo sumo, como mercancía depreciada.

Pauperismo precisamente en los países más prósperos

Y, como es lógico, el pauperismo se desarrolla allí donde impera, más extremo, el egoísmo; presentándose principalmente, en las naciones ricas e industriales. En España, pese a la natural pobreza de nuestro ingrato terruño — menester es tener en cuenta que España, por lo árida, es uno de los países más pobres del Continente — a lo largo del siglo XIX no ofrece el triste espectáculo que Inglaterra o Francia. Del pícaro chicuelo desarrapado, pero sano, que corre por las estériles estepas de Castilla, a las tristes criaturas que nos pinta, incluso algo anticipadamente a su tiempo, Dickens, media un abismo. Y no es nuestro sol ni nuestro clima los que lo explican. ¿Cómo es posible que en un Londres, cabeza ochocentista del mayor imperio, no sólo político, sino eminentemente económico, que vieron los siglos, se desarrollasen estos "slums" trágicos? Recordamos aún de dicha época — o de fines de siglo, poco importa — un curioso, irónico y terriblemente mordaz monólogo literario que publicaron los periódicos. Es un joven obrero tísico, sin trabajo, hambriento, que busca un triste refugio, bajo un puente del Támesis, donde pasar la noche. "¡No importa — dice con optimismo figurado — soy ciudadano de la capital del Primer Imperio del Mundo!"

Y es que en este siglo la industria radica, preferentemente, en los países protestantes, donde el egoísmo materialista es, naturalmente, mayor. Y descuellan en la Inglaterra victoriana, que hace de la *Ecónomia* un verdadero culto, consecuencia, si bien profundizamos, en gran parte, de los principios filosóficos y sociales derivados del puritanismo de origen calvinista.

Cifras, cifras, ...

Podríamos citar muchas de ellas, y llenar las páginas de este artículo. Pero, ¿es ello necesario?

¿No es el pauperismo obrero en el siglo XIX un fenómeno tan ampliamente reconocido que sería inexcusable tópicos el ponderar? ¿No basta hojear cualquier tratado, acudir a no importa cual Enciclopedia para obtener rápidamente una idea de lo que era y representaba esta gran cuestión??

Precisemos tan sólo algunas cifras, lo suficientemente características, para dar una idea de lo enormemente injusta que era, en relación con las clases humildes, la Sociedad de aquella época.

Hay que tener en cuenta — repitémoslo una vez más — que, en aquel mundo aún preferentemente agrícola, con aglomeraciones urbanas mucho menores que las actuales, lo que podríamos llamar "costo de la vida" era inmensamente menor que ahora. Este fenómeno del progresivo encarecimiento de las "cosas de comer", en relación con los demás artículos, todos lo conocemos, y ha venido agudizándose, en progresión geométrica, desde 1914 acá. Pues bien: hacia 1850 tal "costo de la vida" era inmensamente inferior. Hallándose la industria en plena época de desarrollo, y con vida, por lo general, ubérrima, no parecía hubiese de constituir — de haber mediado alguna caridad — un problema imposible el ase-

gurar a los obreros por lo menos un mediano pasar, la seguridad, cuando menos, de hallarse libres del hambre y del frío, mediante un mínimo de jornales.

Inglaterra...

Un testimonio de la época, nada sospechoso, el caballero Porter, destacado estudioso de estadísticas de su tiempo, nos ofrece unos números bien significativos: en Inglaterra existían 400.000 operarios de ambos sexos, ocupados en los grandes telares. Los sueldos, traducidos a lo que podríamos llamar la peseta de 1914 — desde luego, muy distinta de la de hoy — eran:

En 1847, con 12 horas de trabajo, 10'47 ptas.

En 1848, con 12 horas de trabajo, 10'21 ptas.

Los precios de pan y carne de vaca, en los mismos años:

En 1847, por 1 libra de pan, 0'30 ptas. y 1 libra de carne, 1'72 ptas.

En 1848, por 1 libra de pan, 0'20 ptas. y 1 libra de carne, 1'20 ptas.

Esto, en la Inglaterra Victoriana, "caput mundi". ¿Qué había de suceder en los demás países? (2).

Ciertamente que, si tenemos en cuenta las actuales penurias mundiales, hoy en día aún son más desfavorables las condiciones de la vida obrera. Pero menester es tener en cuenta que hoy nos hallamos en una época de catástrofes sin precedentes, y que el hambre reina en Europa entera. Aquellas se refieren a sueldos en épocas de paz y prosperidad como hoy no tenemos idea y, a pesar de ello, se exigía nada menos que 12 horas de trabajo. Nuestras ocho horas, hoy aprobadas doquier, eran entonces solamente objeto de utópicas ilusiones, así del obrero continental como del inglés, que cifraba su ideal así:

Eight hours to work,
eight hours to play,
eight hours to sleep,
eight shillings a day!!

Los tres ochos: ocho horas para el trabajo, ocho para el esparcimiento, ocho horas para el descanso y, en fin, ¡ocho shillings! al día.

Francia...

Y hemos hablado de los obreros continentales. Veamos cuán peor era su situación. Pasemos a Francia. Ya en 1833 Villermé nos describe la vida de los de Lyon — 40.000 en tal época — en términos horribles, presentándonoslos "inermes, sin unión, verdaderas víctimas sin poder aunar sus fuerzas frente a los fabricantes ávidos de acrecentar sus beneficios, de hacer fortuna, y sin otro talento que el de saber rebajar los precios de la mano de obra".

En Alsacia, nos dice el mismo Villermé haber visto "muchas casas servir cada cuarto para dos familias y para todos los habitantes un solo lecho de paja tendido en el suelo, faltando a veces hasta la manta para cubrirse". Y en Lila. ¡En Lila! Comisionado por el Gobierno "vió sótanos que por

(2) J. B. Say, el gran economista literal, no podía menos que reconocer que «el obrero inglés de su época no ganaba más que las tres cuartas partes, y a menudo sólo la mitad, de sus gastos».

único respiradero tenían un agujero que servía al propio tiempo de puerta por donde se bajaba en escalera de mano de 15 a 16 travesaños al suelo que medía de 4 a 5 metros en cuadro, donde dormían a veces 6 personas sobre el suelo desnudo, a menudo sin mueble alguno, y chorreando agua las paredes. En semejantes calabozos pasaban su vida unas 3.000 familias,, compuestas de cerca de 15.000 individuos, de tejedores de lienzo y de lanerías!"

El autor liberal Leixner, citado por nosotros en el artículo anteriormente referido, veíase obligado, contra sus mismos principios a concluir: "Los resultados de estas miserias eran los mismos que en Inglaterra; la destrucción del amor de familia, la embriaguez en los hombres y la prostitución en las mujeres, la resignación fatalista, el odio a los ricos y felices, la fe crédula en todas las teorías subversivas, el ateísmo, la convicción de que el matrimonio es una institución fatal y que el país tiene la obligación de hacerse cargo de la manutención y educación de los hijos del pueblo; porque las madres, incapaces de criarlos, ya por falta de alimento, ya por haber de trabajar para ganarse un miserable e insuficiente sustento, los deban a "madres de amas" en el campo, las cuales por una retribución insignificante se encargaban de criarlos o de buscarles amas caritativas, y los mataban, haciendo de esto una verdadera industria de la cual refiere detalles horrorosos un informe de la Academia de Medicina de París que determinó al Gobierno a intervenir con seriedad. En el departamento del *Eure et Loire* morían hasta 96 por ciento de estas criaturas antes de llegar a tener un año, y la mayor parte eran hijos de proletarios".

¿Quién reconoció más altamente lo que antecede que la Cámara francesa en 1841, al "descubrir" que eran objeto normal de explotación los menores de 8 años (ley 22 febrero 1841)? En esta misma Cámara se denunció a factorías en las que se utilizaba el látigo contra los niños...

En Alemania y Centro de Europa... Sismondi

No vamos a dar cifras. Dividida entonces la naciente Confederación germánica en multitud de Estados — se contaban más de un centenar de aduanas fluviales—, la situación obrera en ellos era peor si cabe... Citemos solamente el testimonio de Sismondi, el gran economista que, aún en medio de sus errores, tuvo el valor, al impugnar el pesimismo de Malthus en su repulsivo aspecto religioso y social, de predicar que, humanamente hablando, tal pesimismo era lógica consecuencia del egoísmo del Siglo.

Sismondi, testimonio nada parcial, constituye el mayor grito de la conciencia, medio dormida, del siglo, contra sus propias injusticias.

Todos lo reconocían...

Como hemos dicho, todos los reconocían... pero nadie se atrevía a arreglarlo. El principio del "laissez faire" — que en la economía pura tiene sus aspectos buenos y racionales como expresión de la libre iniciativa — aplicado crudamente a la vida social, sin religión ya y sin freno, daba el resultado lógico: la explotación del hombre por el hombre.

"...unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos" (León XIII, "Rerum Novarum").

Luis Creus Vidal



Lo que fueron los primeros conflictos sociales en España

EL PLEITO DE LOS SALARIOS, EL DERECHO DE ASOCIACIÓN, LA HUELGA Y EL SABOTAJE

El obrerismo, en su acepción moderna, apareció en el mundo durante el siglo XIX y al calor del antimquinismo. Cierta es que mercantilistas y fisiócratas y utopistas dieron en abordar el problema social al estudiar la política y la economía de su época; que ya en el año 1470 los tejedores de lana y lino de Barcelona acordaron que cuando un "maestro" quisiera prescindir de un oficial le avisara con ocho días de anticipación; que una Pragmática Real ordenó en 1552 que desaparecieran las cofradías de oficios; es decir, que desde muy antiguo existieron amagos de roces y disputas que, al correr del tiempo, habían de dar pie a tanto y tanto conflicto llamado social; pero no es menos cierto que el problema carecía de personalidad.

Fué en las postrimerías del siglo XVIII y en los comienzos del XIX cuando el manifiesto titulado "Analyse de la doctrine de Babeuf", el forcejeo de las "Trade Unions", el cartismo, etc., dieron a los movimientos sociales perfil inconfundible. Fué a mediados de este siglo XIX cuando los conflictos obrero-patronales quedaron, por decirlo así, sistematizados.

Pero el genuino paisaje es de pequeños contornos. Poco importa a los españoles — aunque nos interese conocerla en síntesis — la narración de los hechos que constituyeron la evolución del obrerismo en la atormentada Europa de la época. En cambio, la de los acontecimientos que forman la iniciación del movimiento social en nuestro país, tiene para nosotros sabor de intimidad y valor de ejemplo. A estos, pues, vamos a referirnos hoy.

Dice Guillermo Graell en su "Historia del Fomento del Trabajo Nacional" que en el año 1829 existían en la región catalana unas 730 máquinas de hilar y unos 4.000 telares. Poco era ésto. Y fué en esta incipiente organización industrial donde la aparición de nuevas máquinas y nuevos sistemas dejó anulados paso a paso a muchos oficiales tejedores e hiladores y produjo una abundancia de mano de obra que había de desembocar, como desembocó, en la tendencia a la disminución de los salarios. En 1831 llegaron a la superficie las primeras lamentaciones de los trabajadores barceloneses. Se ocupó del caso el subdelegado de policía y una flamante "Comisión de Fábricas" estableció el tiro o medida máxima de las piezas que se tejían: bien entendido que el aumento de tiro representaba disminución de salario, puesto que los operarios cobraban un tanto por pieza elaborada y no a base de metros ni palmos. De los documentos de la época se desprende que los tejedores ganaban entonces unas doce pesetas semanales.

Las quejas y los paliativos se reprodujeron periódicamente a partir de 1831. Cuatro años después, en 25 de julio de 1835, estalló en Barcelona la revolución conocida con el nombre de "quema de los conventos". Tenía carácter político, pero a los 5 días el periódico barcelonés "El Catalán" se creyó en el caso de advertir que "la conducta popular — grata al periodista — contrastaba con las voces divulgadas respecto a la intención del pueblo de destruir varios establecimientos industriales, en especial, fábricas de vapor con máquinas y telares mecánicos". Pocas había en la ciudad. Y al día siguiente — 31 de julio — fué el Ayuntamiento de Barcelona el que publicó una alocución en la que podía leerse: "...no, enemigos de nuestra industria, no. Barcelona se acuerda de sus talleres, de su actividad fabril, de sus adelantos que han de sostener una lucha grandiosa en el gran circo comercial del mundo". Los dueños de la fábrica que existía en la calle de Tallers se dirigieron a las autoridades exponien-

do sus temores. Y en efecto, seis días después aumentaron o se reprodujeron los desórdenes, cayó asesinado el general Bassa y, al caer de la tarde, los revolucionarios prendieron fuego a la fábrica llamada "El Vapor" que los señores Bonapalta, Rull, Vilaregut y Borrell tenían instalada en la calle de Tallers y que, dando ocupación a unas 700 personas, contaba con máquina de vapor, telares mecánicos y una sección dedicada a la construcción de maquinaria de tipo moderno. Los temores de dueños y autoridades estaban justificados. Era el primer caso en que aparecía la violencia en el mundo del trabajo.

Dice el general Pastors, comandante militar de la plaza, en su comunicado sobre el hecho: "Las autoridades, al saber que los amotinados intentaban este ataque, enviaron toda la fuerza de que podían disponer, con el fin de atajar el incendio; pero en balde porque estaban determinados a hacerlo, convencidos de que los telares movidos por máquinas disminuían la producción del trabajo manual".

Fueron detenidas y ejecutadas cuatro personas como autores del incendio. Pero 43 días después publicó el Gobernador Civil un Bando en el que recordaba cuál era el tiro máximo de las piezas y nombraba una "Comisión Inspector de Fábricas". ¿Por qué? No olvidemos que cuatro años antes, en 1831, se produjo en Lyon un formidable levantamiento obrero acompañado de lamentables violencias. Su eco había llegado a Barcelona, agrandado si cabe por la fantástica influencia de los relatos a media voz de hechos nebulosos.

No perdamos tampoco de vista que, al derrumbarse la organización gremial, maestros, oficiales y aprendices quedaron divididos en dos grupos más o menos hostiles y el oficial, convertido en obrero, rota la armonía que le sustentó en la organización jerárquica, carcomido su pedestal de eje rector de la economía familiar por la incorporación de mujeres y niños a la vida del trabajo remunerado, se vió zarandeado por la lucha de la competencia y por el ansia general de alcanzar la baratura de la cosa producida. Esto y aquello dieron como consecuencia el episodio de 1835 y sus incalculables consecuencias. La violencia equivalió entonces a la explosión del YO. Obedeció al instinto de mantener al individuo por encima de la herramienta; al intento de derrumbar a la máquina para conservar en todo su valor al hombre.

Pasaron casi cinco años sin que se produjeran conflictos de importancia externa. Los tejedores sufrieron entre tanto las consecuencias del proceso de la mecanización. A cada máquina que se instalaba correspondían unos trabajos en paro forzoso y un aumento en la presión que este hecho ejercía sobre la remuneración de los operarios. A principios de 1840 circuló entre los trabajadores un proyecto de "Asociación Mutua". En 14 de mayo se reunieron en el Ayuntamiento de Barcelona los alcaldes y "capitulares de cuartel" con los síndicos municipales para evitar que "se alterara la tranquilidad pública". Acordaron hacer lo necesario para que los organizadores de la referida Asociación se presentaran al día siguiente en las Casas Consistoriales. A los cuatro días el Gobernador Civil recibía a tres de los tejedores interesados y en 21 de mayo comunicaba a la Alcaldía que "habiendo acudido a él solicitando la aprobación de unas ordenanzas bajo el título de *Sociedad de mutua protección* y no siendo ésta, en su objeto, de las permitidas por la Ley, había resuelto denegársela". Pero tras las gestiones para asociarse, enmarcándolas, existía el problema de los salarios. En 12 de junio comunicó el Alcalde de Barcelona al Gobernador Civil que a las tres de la tarde se había logrado una avenencia

armónica entre fabricantes y jornaleros de “la clase de tejedores”.

Cuatro meses después, a causa del precio de la mano de obra, estalló el primer conflicto entre patronos y obreros de las hilaturas. A pesar de que éstos cobraban un promedio semanal de 21 ptas. y los tejedores lo obtenían escasamente de 12 ptas., el vértigo del novísimo movimiento obrerista, con sus contactos misteriosos y su violencia espectacular, les llevaba a todos a una lucha cuyo alcance no podían prever. Y los sucesos políticos, con sus constantes algaradas y pronunciamientos, les enardecían. En el mes de julio de 1840, cuando la Reina Regente sancionó la ley municipal y dimitió Espartero la Jefatura del Gobierno, la “opinión” se puso al rojo vivo. “El Huracán” publicó artículos incendiarios, se levantaron barricadas en algunas calles de Barcelona y se celebró la célebre manifestación “de las levitas”, con su secuela de incidentes. En 30 de aquel mes un grupo de progresistas exaltados mató al abogado Francisco Balmes y arrastró su cuerpo por las calles de la ciudad. Otro grupo asesinó al conocido “moderado” Manuel Bosch y Torres. Otro asaltó la redacción del periódico “El Guardia Nacional”. Mediaba octubre cuando ocurrieron los disturbios entre los hiladores. En 11 de noviembre los sindicos municipales afirmaban en un informe que la “la fábrica de tejidos Juncadella estaba cerrada y paralizado el trabajo en la de estampados de Puigmartí, Achón y C.”, en la primera por discutirse un aumento de salario, pese a la letra y al espíritu de unas normas y precios dictados en 11 de enero de 1841 por una Comisión Mixta de fabricantes y operarios; en la segunda por haber abandonado el trabajo los operarios *por solidaridad con uno de ellos que había sido despedido*. Era el primer caso de huelga por solidaridad. A los pocos meses, a principios de 1841, se declaraba otra en Igualada; medio año después, otra en Sabadell, con la particularidad de “invadirse tumultuosamente la casa de un fabricante de tejidos”, “cometiéndolo en ella tropelías de tanta consideración que a no haber intervenido la autoridad civil y militar... podría haberse propagado con el mismo desenfreno a otros puntos”.

En 9 de diciembre de 1841 el general Espartero dispuso la disolución de la Asociación de Tejedores. Actuaba ésta a pesar de las prohibiciones. A mediados de 1842, autorizado nuevamente su funcionamiento, esta Asociación montó una pequeña fábrica con la colaboración económica del Ayuntamiento y la Diputación barcelonesa. Empezó su actividad industrial cuando liberales y moderados andaban a la greña más que nunca y los alborotos callejeros tenían a Barcelona en estado de excitación permanente. Esto y el peso de los socorros que pagaban a los tejedores en paro — cada día en más número —, les llevó al fracaso.

Desde 1842 hasta 1854 no ocurrieron sucesos distintos de los enumerados. Hubo un considerable aumento en el paro forzoso y mayor divorcio entre fabricantes y operarios, agrupándose unos y otros en asociaciones de clase, y a partir de 1847 frecuentes incidentes y desórdenes. A tal extremo menudearon éstos que en 17 de septiembre de 1853 el Capitán General de Cataluña dispuso que “todo desmán, desorden o crimen que se cometiera dentro de las fábricas o fuera de ellas..., que pudiera tener relación con las mismas..., así como con la seguridad personal de los industriales, fueran juzgados por las Comisiones militares”. La cuestión se agravaba vertiginosamente.

Del 22 al 25 de marzo de 1854, por cuestiones “de disciplina”, comenzó una huelga de tejedores en las fábricas Juan Güell y La España Industrial, de Sans. Se solucionó momentáneamente gracias a la intervención personal del Gobernador Civil, pero a la semana siguiente se reprodujo con mayor intensidad y se extendió a Barcelona y pueblos del contorno. Varios oficios se solidarizaron con los tejedores — caso nuevo también — y quedó planteada la primera huelga general.

En vano se publicaron Bandos y se detuvo a los directores del movimiento. Las autoridades se encontraban ante un hecho que debían juzgar inverosímil. ¿Qué pretendían los huelguistas? “Diario de Barcelona” afirmó que se trataba de un caso insólito. Hubo resistencia armada, intervención de la fuerza pública, cuatro muertos, varios heridos y docien-

tos detenidos. La situación quedó normalizada en 4 de abril. El movimiento había fracasado. Pero siguieron los forcejeos y negociaciones con intervención de las autoridades. En 31 de mayo S. M. la Reina aprobó una Reglamentación elaborada por el Capitán General en colaboración con la Junta de Fábricas, una comisión de obreros y las autoridades locales. Poco había de durar la calma.

En 28 de junio de aquel mismo año 1854 estalló una sublevación militar acaudillada por los generales Dulce, O'Donnell, Ros de Olano, Echague y Mesina. Momentáneamente tuvo una actuación gris, pero a partir del manifiesto que en 7 de julio lanzó desde Manzanares el segundo de los generales citados, las adhesiones se sucedieron sin interrupción. El día 14 arraigó en Barcelona. “Cuadro consolador — decía el periódico “El Presente” — el de un pueblo que se salva de una dominación odiada y escarnecida sin derramar una sola gota de sangre”. Pero dos días después tenía que lamentarse en estos términos el “Diario de Barcelona”: “...reinaba el orden más completo en la ciudad... pero poco después de media noche ocurrieron algunas escenas... Dos grupos de hombres armados se dirigieron a algunos establecimientos fabriles del arrabal del otro lado de la Rambla, y allí pusieron fuego a dos edificios..., devastaron y saquearon otros y pasaron a vías de hecho contra algunas personas”. En los días siguientes fueron destruidas muchas máquinas de hilar, precisamente modernas.

La revolución política dió aliento a la revolución social. Y apareció en la lid otro procedimiento: el sabotaje.

El conflicto se propagó. Hubo huelgas en Manresa y comarca, en Valls — donde resultó incendiada una fábrica —, en Mataró, en San Andrés de Palomar, en Sans... Se condenó a muerte a tres revolucionarios. El Capitán General prohibió el uso de las máquinas modernas y ordenó que volvieran a usarse las antiguas. (?) Esta disposición no se cumplió, pero provocó alboroto. Y a mediados de agosto llegó a encontrarse una fórmula que, al margen del pleito entre la situación obrera y el progreso de la técnica, armonizó los intereses de trabajadores y fabricantes utilizando el sistema paritario.

La epidemia del cólera acabó de frenar los ímpetus revolucionarios de algunos sectores.

Poco duró el sosiego. Faltaba para completar el ciclo de novedades, lo que podríamos llamar procedimiento cumbre: la huelga general interlocal.

Llegó en 2 de julio de 1855, tras el planteamiento y pseudo solución de conflictos locales en Sabadell, Sampedor, Cerdas de Montbuy, Senmenat, San Feliu de Codinas, Tarrasa, Igualada, Mataró, Badalona, Manlleu, Roda y Vich. Sirvió como pretexto un Bando del Capitán General disolviendo las Asociaciones. Pero está demostrado que la agitación empezó antes de publicarse el Bando.

Hubo agresiones en Igualada y asesinato del Presidente del Consejo de Administración de “La Industria Algonera” y del Instituto Industrial, en Sans. La organización obrera dominó la situación en los núcleos industriales: a los cuatro días convirtió en movimiento pacífico lo que había comenzado con enorme violencia y acabó limitando y concretando las aspiraciones a la jornada de 10 horas y el derecho de asociación. No las vieron cumplidas, pero adquirieron la sensación de su propia fuerza.

En este punto y hora quedó sistematizado el movimiento social. Los conflictos, lógicos y con fundamento razonable unas veces, absurdos y estériles otras, giraron desde entonces alrededor de las huelgas y el sistema paritario. No vamos a enjuiciarlo. Hemos narrado estos hechos iniciales, constitutivos en su conjunto de lo que en otras ocasiones hemos llamado “ciclo de la evolución social”, con el único propósito de ofrecer un motivo de experiencia a quienes los desconocieran. ¡Cuánto recuerdo pueden evocar los sucesos referidos! ¡Cuántos más evocarían si la limitación natural en un artículo periodístico no nos impidiera completar la narración con frases y párrafos de alocuciones, bandos y comentarios de la época!

Y lo que sucedió en la comarca catalana ocurrió con ligeras variantes en todas las regiones industriales de Europa. No eran fenómenos exclusivos de nuestro país ni lo resultaron de una época.

José M.^a Vilá

COMENTARIO INTERNACIONAL

Los acuerdos de Livadia

Hace veintiocho años...

El día 8 de marzo de 1917 estallaba en Rusia un movimiento de carácter revolucionario.

El hecho no era el resultado de una protesta cualquiera, sino la consecuencia lógica de una ininterrumpida y profunda preparación llevada a cabo entre la masa popular por elementos diversos, pero dirigida principalmente por influyentes personajes del judaísmo, los cuales crearon de un modo directo, y a través de la complicada red de los partidos políticos, las condiciones previas para la implantación de un nuevo estado de cosas.

“No había ni una sola organización política de aquel vasto imperio—ha escrito Angelo S. Rappoport—que no estuviese bajo la influencia de los judíos o dirigida por ellos. El partido socialdemocrático, el partido socialista revolucionario, el partido socialista polaco, tenían todos ellos personajes judíos entre sus jefes”. (*Pioneers of the Revolution*. Londres, 1918).

Nicolás II fué una de las primas víctimas de la revolución triunfante, y también, en cierto modo, de sus propios errores, pues no otro final podía tener su política basada en las doctrinas liberales, con la cual intentó nada menos que hacer frente a la grave situación interna del país.

En aquellos días la guerra hacía crujir penosamente con sus terribles sacudidas, a la casi totalidad de las naciones europeas. ¿Cómo reaccionaron éstas ante la situación creada en Rusia?

Una clara respuesta nos la daba en 1918, Emilio Vandervelde con estas terminantes palabras: “En 1793 Francia tenía la oposición, sino de los pueblos, por lo menos de los gobiernos de toda Europa, mientras que Rusia en 1917 tiene para sostenerla, secundarla y ayudarla a vencer, las democracias del mundo entero”. (*Trois aspects de la Révolution russe*).

No será ocioso recordar que Vandervelde fué uno de los personajes escogidos por la Entente para formar parte de la comisión enviada a Moscú con objeto de transmitir el saludo de los Estados democráticos europeos a los nuevos dirigentes del pueblo “el más libre de la tierra”, según expresión de Kerensky.

Poco tiempo después de la abdicación del Zar, los propios países de la Entente facilitaron a Trotsky los medios necesarios para que pudiese volver a Rusia junto a un nutrido grupo de revolucionarios. Otros muchos fueron repatriados posteriormente.

¿Respondía esta política a una consigna específica? Este parece ser el pensamiento de R. Wilton cuando escribe: “Característica lamentable del período revolucionario, fué la afluencia constante de revolucionarios rusos y pseudo-judíos, que llegaban de los países aliados. Cada convoy de pasajeros que descendía de los buques procedentes de América, de Inglaterra y de Francia, producía enojosas cuestiones”. (*Russia's Agony*).

Finalmente, el 7 de noviembre de 1917, después de una fracasada tentativa anterior, los dirigentes bolcheviques se hicieron dueños del poder.

Pronto se comprendió el verdadero significado de aquel trágico acontecimiento. Aun no había transcurrido un año de la instauración de los soviets en el Kremlin, cuando el ministro de Holanda en Moscú y representante al propio tiempo de los intereses británicos en aquella capital, Oudendyke, se dirigía a Balfour en los siguientes términos: “Considero que la supresión inmediata del bolchevismo es actualmente la labor más importante del mundo; más importante que la misma guerra. A menos que, como ya he dicho, el bolchevismo no sea aniquilado en embrión, se introducirá en una u otra forma en Europa y en el mundo entero, pues está impulsado y organizado por judíos que no tienen nacionalidad, y cuyo solo objetivo es la destrucción en su propio interés, de la actual organización de la sociedad. La única manera de descartar este peligro, sería una acción colectiva por parte de las potencias”. (Publicado primitivamente en el *Libro blanco inglés*).

Las anteriores palabras se escribían hace ya más de veintiséis años.

¿Qué ha sucedido desde entonces?

Planes para la postguerra

En el fastuoso palacio de Livadia —que se levanta no muy lejos de Yalta—, residencia de verano que fué de los Zares de Rusia, se ha celebrado últimamente una conferencia entre los representantes de la U. R. S. S., Estados Unidos y Gran Bretaña. El palacio de Livadia sirvió, además, mientras duró la reunión, de residencia al Presidente norteamericano. El primer ministro inglés habitó en Yalta, el palacio propiedad un día del príncipe Vorontzof. Stalin, por su parte, escogió una magnífica mansión: el palacio del príncipe Yusupof.

Un sagaz comentarista ha tratado de interpretar esta distribución, posiblemente bien meditada, de los tres palacios; cuyos antiguos dueños caracterizan singularmente una de las épocas de la Rusia zarista. Desde Livadia, Nicolás II, inbuído por el nefasto liberalismo, trató de aplicar los funestos principios de esta doctrina, en la estructura de su vasto imperio; Vorontzof es la imagen típica del feudalismo ruso; el nombre de Yusupof resume el espíritu de las riquezas al servicio de la intriga y del egoísmo desenfrenado.

Tres nombres y tres residencias distintas. ¿Una simple coincidencia? Tal vez sí.

De la laboriosa entrevista celebrada en Livadia, se publicó un extenso comunicado en el que se condensa un programa, muy fragmentario, de las soluciones que intentan dar los aliados a varios de los problemas ya actualmente planteados, el día en que la victoria les sonría. Trataremos de resumir los puntos principales.

En primer lugar los representantes de las tres grandes potencias constatan que la conferencia fué “máximamente satisfactoria”, ya que se logró una “estrecha coordinación”, el intercambio de “la más plena información” y sobre todo “un pleno acuerdo”, cuyo fruto principal es

la "sincronización y coordinación" de los golpes contra Alemania, desde el "este, oeste, norte y sur".

Su posición respecto a la nación alemana, implica necesariamente: desaparición de la Alemania "nazi"; su rendición incondicional e inmediata, pues si el pueblo alemán intenta continuar la resistencia, "hará para sí más penoso el precio de su derrota"; ocupación por parte de las tres potencias del territorio germánico, que se dividirá a este respecto en tres zonas perfectamente delimitadas; destrucción del militarismo alemán y del nazismo; disolución de todas las fuerzas armadas alemanas; eliminación "para siempre" del Estado Mayor alemán, del partido nazi y de las influencias nazis; rápido castigo de los criminales de guerra; y exacta reparación *específica* de las destrucciones realizadas por los alemanes, (la Comisión que determinará estas reparaciones tendrá su sede en Moscú). En contraposición a tales exigencias, los tres aliados manifiestan sus *esperanzas* de una vida digna para los alemanes.

Sobre la postguerra los planes de los aliados son los siguientes: Organización del mundo de acuerdo con los principios establecidos en Dumbarton Oaks (1); convocatoria de una conferencia que habrá de celebrarse en San Francisco el día 25 del próximo mes de abril; solución de todas las cuestiones políticas y económicas de Europa mediante la aplicación de los principios democráticos, obligándose a los países satélites de Alemania a aceptar las siguientes bases: establecimiento de las condiciones de paz, rehabilitación de los pueblos devastados, formación de gobiernos en los que estén representados todos los elementos democráticos, y celebración de elecciones.

Polonia: Común deseo que el Estado polaco sea "fuerte, libre, independiente y democrático"; nombramiento de un Gobierno provisional que convocará unas elecciones libres "y sin coacciones". La frontera oriental de la nueva Polonia será fundamentalmente la señalada en la "línea Curzon", anexionándose en el Norte y en el Oeste, los territorios alemanes que se señalarán en la "Conferencia de la Paz".

Yugoslavia: Establecer un Gobierno de acuerdo con las bases del acuerdo Tito-Subasic; dicho Gobierno constituirá una nueva Asamblea legislativa, cuyos acuerdos, no obstante, quedarán sujetos a rectificación por parte de otra Asamblea constituyente.

Sobre las restantes cuestiones de los países balcánicos, no hubo, al parecer, acuerdo alguno, ya que tan sólo fueron objeto de una "revista general".

¿Qué consecuencias podemos sacar de los referidos acuerdos? Dejando a un lado los pactos especiales celosamente guardados por el secreto de las cancillerías, cuyo conocimiento, sin embargo, sería indispensable para valorar la trascendencia de los pactos firmados en Livadia, ¿las conclusiones conocidas pueden abrir los corazones a la luz de un optimismo basado en un profundo espíritu cristiano?

La contestación, como siempre, nos la darán las enseñanzas de los Romanos Pontífices.

(1) Véase el núm. 16 de CRISTIANDAD pág. 383.

¿Repetición de errores antiguos?

Su Santidad el Papa Pío XII en su encíclica *Summi Pontificatus*, señalaba en los primeros días del presente conflicto, la verdadera raíz de los males que aquejaban a las naciones y decía: "Debilitada la fe en Dios y en Jesucristo, y oscurecida en los ánimos la luz de los principios morales, se quitó el apoyo al *único e insustituible* fundamento de aquella estabilidad y tranquilidad, de aquel orden interno y externo, privado y público, únicos que pueden engendrar y salvaguardar la prosperidad de los Estados". Y añadía: "Jamás se experimentó más penetrante el desaliento de nuestros días sobre la posibilidad de arreglo", porque —afirmaba el Pontífice— "las disensiones no provienen únicamente del ímpetu de pasiones rebeldes, sino de una *profunda crisis espiritual*, que ha trastornado los sanos principios de la moral privada y pública".

En esta misma encíclica, Pío XII se refería a los futuros planes de paz y preguntaba: "¿Será ese porvenir, en verdad, diverso, y sobre todo, será mejor? Cuando termine esta guerra feroz, ¿los tratados de paz, el nuevo orden internacional, estarán animados de la justicia y de la equidad hacia todos, de aquel espíritu que libra y pacifica; o serán, por el contrario, una *lamentable repetición de errores antiguos y recientes*? Fundar la esperanza de un cambio decisivo exclusivamente en el encuentro guerrero y en su desenlace final, es vano, y la experiencia nos lo demuestra". Y continuaba con estas significativas palabras: "La hora de la victoria es la hora del triunfo externo para quien tiene la fortuna de conseguirla; pero es al mismo tiempo la hora de la tentación, en la que el ángel de la justicia lucha con el demonio de la violencia; el corazón del vencedor se endurece con demasiada facilidad, y la moderación y la comprensiva prudencia le parecen debilidad; el hervor de las pasiones populares, atizado por los sacrificios y sufrimientos soportados, muchas veces nubla la vista aun a los responsables y les hace descuidar la *amonestadora voz de la humanidad y de la equidad*, vencida o extinguida por el inhumano; ay de los vencidos! Las resoluciones y las decisiones tomadas en tales condiciones, correrían peligro de no ser sino injusticia bajo capa de justicia.

"No, venerables hermanos —proseguía diciendo el Papa—, la salvación de los pueblos no viene de los medios externos, de la espada, que puede imponer condiciones de paz, pero no crea la paz. *Las energías que deben renovar la faz de la tierra, tienen que proceder del interior, del espíritu... Daben más bien alzarse sobre el fundamento inconcuso, sobre la roca incommovible del derecho natural y de la revelación divina*".

Por ello, ante el confusiónismo de la hora presente y ante las graves amenazas que se insinúan, podríamos exclamar con Donoso Cortés: "Una sola cosa puede evitar la catástrofe; una y nada más: *eso no se evita con dar más libertad, más garantías, nuevas constituciones; eso se evita procurando todos, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, provocar una saludable reacción religiosa*". (Discurso pronunciado el 4 de enero de 1849).

José-Ortol Cuffi Canadell

FÁBRICA DE GÉNEROS DE PUNTO

Hijo de

Manuel Vallhonrat

Teléfono 1832

ALMACÉN Y DESPACHO:
San Antonio, 39

FÁBRICA:
García Humet, 40

TARRASA

Próximamente:

Ediciones

*Sardá y
Salvany*

F. E. S. A.

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las
bellezas con que
dotó Dios a esta
privilegiada Isla, de
todas sobresale una
por su magnificencia:

Las maravillosas Cuevas de Artá

CRISTIANDAD

Se encarga directamente de la encuadernación de la
colección de los números aparecidos durante 1944.

PRECIO: 22 Ptas.

Dirigirse a la Administración: Caspe, 60, 2.º, 1.ª - Teléfono 24870